

## **MATERIAL BIBLIOGRÁFICO**

**SEC. 1- PRÁCTICAS DEL LENGUAJE 3a**

**PROF. M. CECILIA TIJERO**

## HORACIO QUIROGA



(Salto, 1878 - Buenos Aires, 1937) Narrador uruguayo radicado en Argentina, considerado uno de los mayores cuentistas latinoamericanos de todos los tiempos, cuya obra se sitúa entre la declinación del modernismo y la emergencia de las vanguardias. Las tragedias marcaron la vida del escritor: su padre murió en un accidente de caza, y su padrastro y posteriormente su primera esposa se suicidaron; además, Quiroga mató accidentalmente de un disparo a su amigo Federico Ferrando.

Estudió en Montevideo y pronto comenzó a interesarse por la literatura. Inspirado en su primera novia escribió *Una estación de amor* (1898) y fundó en su ciudad natal la *Revista de Salto* (1899). Marchó luego a Europa, donde conoció a Rubén Darío, y resumió sus recuerdos de esta experiencia en *Diario de viaje a París* (1900). A su regreso fundó el Consistorio del Gay Saber, cenáculo modernista que pese a su corta existencia presidió la vida literaria de Montevideo y las polémicas con el grupo de Julio Herrera y Reissig.

Ya instalado en Buenos Aires publicó *Los arrecifes de coral* (1901) poemas, cuentos y prosas líricas de gusto modernista, seguidos de los relatos de *El crimen del otro* (1904), la novela breve *Los perseguidos* (1905), producto de un viaje con Leopoldo Lugones por la selva misionera hasta la frontera con Brasil, y la más extensa *Historia de un amor turbio* (1908). En 1909 se radicó precisamente en la provincia de Misiones, donde se desempeñó como juez de paz en San Ignacio, localidad famosa por sus ruinas de las misiones jesuíticas, a la par que cultivaba yerba mate y naranjas.

Nuevamente en Buenos Aires, trabajó en el consulado de Uruguay y dio a la prensa las colecciones de relatos breves *Cuentos de amor, de locura y de muerte* (1917), *Cuentos de la selva* (1918) y *El salvaje* (1920), y la obra teatral *Las sacrificadas* (1920). Le siguieron nuevas recopilaciones de cuentos, como *Anaconda* (1921), *El desierto* (1924), *La gallina degollada y otros cuentos* (1925) y el que es quizás su mejor libro de relatos, *Los desterrados* (1926). Colaboró en diferentes periódicos y revistas: *Caras y Caretas*, *Fray Mocho*, *La Novela Semanal* y *La Nación*, entre otros.

En 1927 contraíó segundas nupcias con una joven amiga de su hija Eglé, con quien tuvo una niña. Dos años después publicó la novela *Pasado amor*, sin mucho éxito. Sintiendo el rechazo de las nuevas generaciones literarias, regresó a Misiones para dedicarse a la floricultura. En 1935 publicó su último libro de cuentos, *Más allá*. Hospitalizado en Buenos Aires, se le descubrió un cáncer gástrico, enfermedad que parece haber sido la causa que lo impulsó al suicidio, ya que puso fin a sus días ingiriendo cianuro.

### Los cuentos de Horacio Quiroga

Quiroga sintetizó las técnicas de su oficio en el *Decálogo del perfecto cuentista* (publicado en 1928 en la revista *Babel*), estableciendo pautas relativas a la estructura, la tensión narrativa, la consumación de la historia y el impacto del final; en este texto manifestó sus ideas sobre el cuento como unidad emocional y apuntó sus modelos preferidos: Edgar Allan Poe, Rudyard Kipling, Guy de Maupassant y Antón Chéjov, autores que habían dejado huella en algunos de sus relatos, en los que también puede rastrearse la influencia de Joseph Conrad, Jack London o Fiódor Dostoevski.

Sus primeros intentos fueron meras imitaciones de Poe, con quien compartía una especial preferencia por la violencia y la locura; así, algunos de sus primeros cuentos, como *La gallina degollada* o *El perseguidor*, pueden calificarse dentro de los denominados relatos sangrientos. La mayoría de sus narraciones aparecieron publicadas en periódicos y revistas y se recogieron posteriormente en forma de libro en las recopilaciones *Cuentos de amor, de locura y de muerte* (1917), *Cuentos de la selva* (1918), *Anaconda* (1921) y *El desierto* (1924). Sus relatos más característicos dramatizan la pugna entre la razón y la voluntad humanas por una parte, y el azar o la naturaleza por otra; su fuerza se fundamenta, más que en un minucioso y detallado análisis psicológico, en el estudio de la conducta humana en condiciones extremas. En la última parte de su producción, sin embargo, sus cuentos experimentaron un giro considerable; en *Los desterrados* (1926), por ejemplo, las narraciones aparecen menos estructuradas y generalmente más próximas a los estudios de caracteres.

Horacio Quiroga destiló una notoria precisión de estilo que le permitió narrar magistralmente la violencia y el horror que se esconden detrás de la aparente apacibilidad de la naturaleza. Muchos de sus relatos tienen por escenario la selva de Misiones, en el norte argentino, lugar donde Quiroga residió largos años y del que extrajo situaciones y personajes para sus narraciones. Sus personajes suelen ser víctimas propiciatorias de la hostilidad de la naturaleza y la desmesura de un mundo bárbaro e irracional, que se manifiesta en inundaciones, lluvias torrenciales y la presencia de animales feroces.

Quiroga manejó con destreza las leyes internas de la narración y se abocó con ahínco a la búsqueda de un lenguaje que lograra transmitir con veracidad aquello que deseaba narrar; ello lo alejó paulatinamente de los presupuestos de la escuela modernista, a la que había adherido en un principio. Fuera de sus cuentos ambientados en el espacio selvático de Misiones, abordó los relatos de temática parapsicológica o paranormal, al estilo de lo que hoy conocemos como literatura de anticipación. Sus publicaciones póstumas incluyen *Cartas inéditas de Horacio Quiroga* (1959, dos tomos) y *Obras inéditas y desconocidas* (ocho volúmenes, 1967-1969).

En el desarrollo de la literatura hispanoamericana, cabe situar la cuentística de Quiroga en una nueva línea surgida del ambiente intelectual del posmodernismo y del magisterio de autores como Edgar Allan Poe, que había tenido su primer anuncio en algunos relatos de Leopoldo Lugones. La naturaleza americana empezó a ser enfocada por entonces en sus características más alucinantes, en las extrañas mutaciones que anulan cualquier plan preconcebido a quienes se sumergen en ella; así se refleja incluso en novelas de signo realista como *La vorágine* (1924), de José Eustasio Rivera. Por otra parte, el singular acercamiento de Quiroga a lo extraño y lo inquietante (apreciable también en contemporáneos como el argentino Macedonio Fernández o el peruano Clemente Palma, hijo de Ricardo Palma) preludió el altísimo nivel que alcanzaría el cuento fantástico durante el «Boom» de los años 60, con maestros como Jorge Luis Borges y Julio Cortázar.

#### A LA DERIVA- HORACIO QUIROGA

El hombre pisó algo blancuzco, y en seguida sintió la mordedura en el pie. Saltó adelante, y al volverse con un juramento vio una yaracucusú que, arrollada sobre sí misma, esperaba otro ataque.

El hombre echó una veloz ojeada a su pie, donde dos gotitas de sangre engrosaban dificultosamente, y sacó el machete de la cintura. La víbora vio la amenaza, y hundió más la cabeza en el centro mismo de su espiral; pero el machete cayó de lomo, dislocándole las vértebras.

El hombre se bajó hasta la mordedura, quitó las gotitas de sangre, y durante un instante contempló. Un dolor agudo nació de los dos puntitos violetas, y comenzaba a invadir todo el pie. Apresuradamente se ligó el tobillo con su pañuelo y siguió por la picada hacia su rancho.

El dolor en el pie aumentaba, con sensación de tirante abultamiento, y de pronto el hombre sintió dos o tres fulgurantes puntadas que, como relámpagos, habían irradiado desde la herida hasta la mitad de la pantorrilla. Movía la pierna con dificultad; una metálica sequedad de garganta, seguida de sed quemante, le arrancó un nuevo juramento.

Llegó por fin al rancho y se echó de brazos sobre la rueda de un trapiche. Los dos puntitos violeta desaparecían ahora en la monstruosa hinchaón del pie entero. La piel parecía adelgazada y a punto de ceder, de tensa. Quiso llamar a su mujer, y la voz se quebró en un ronco arrastre de garganta reseca. La sed lo devoraba.

-¡Doroteal -alcanzó a lanzar en un estertor-. ¡Dame caña!

Su mujer corrió con un vaso lleno, que el hombre sorbió en tres tragos. Pero no había sentido gusto alguno.

-¡Te pedí caña, no agua! -rugió de nuevo-. ¡Dame caña!

-¡Pero es caña, Paulino! -protestó la mujer, espantada.

-¡No, me diste agua! ¡Quiero caña, te digo!

La mujer corrió otra vez, volviendo con la damiana. El hombre tragó uno tras otro dos vasos, pero no sintió nada en la garganta.

-Bueno; esto se pone feo -murmuró entonces, mirando su pie lívido y ya con lustre gangrenoso. Sobre la honda ligadura del pañuelo, la carne desbordaba como una monstruosa morcilla.

Los dolores fulgurantes se sucedían en continuos relampagueos y llegaban ahora a la ingle. La atroz sequedad de garganta que el aliento parecía caldear más, aumentaba a la par. Cuando pretendió incorporarse, un fulminante vómito lo mantuvo medio minuto con la frente apoyada en la rueda de palo.

Pero el hombre no quería morir, y descendiendo hasta la costa subió a su canoa. Sentose en la popa y comenzó a palear hasta el centro del Paraná. Allí la corriente del río, que en las inmediaciones del Iguazú corre seis millas, lo llevaría antes de cinco horas a Tacurú-Pucú.

El hombre, con sombría energía, pudo efectivamente llegar hasta el medio del río; pero allí sus manos dormidas dejaron caer la pala en la canoa, y tras un nuevo vómito -de sangre esta vez- dirigió una mirada al sol que ya trasponía el monte.

La pierna entera, hasta medio muslo, era ya un bloque deforme y durísimo que reventaba la ropa. El hombre cortó la ligadura y abrió el pantalón con su cuchillo: el bajo vientre desbordó hinchado, con grandes manchas lívidas y terriblemente doloroso. El hombre pensó que no podría jamás llegar él solo a Tacurú-Pucú, y se decidió a pedir ayuda a su compadre Alves, aunque hacía mucho tiempo que estaban disgustados.

La corriente del río se precipitaba ahora hacia la costa brasileña, y el hombre pudo fácilmente atracar. Se arrastró por la picada en cuesta arriba, pero a los veinte metros, exhausto, quedó tendido de pecho.

-¡Alves! -gritó con cuanta fuerza pudo; y prestó oído en vano.

-¡Compadre Alves! ¡No me niegue este favor! -clamó de nuevo, alzando la cabeza del suelo. En el silencio de la selva no se oyó un solo rumor. El hombre tuvo aún valor para llegar hasta su canoa, y la corriente, cogiéndola de nuevo, la llevó velozmente a la deriva.

El Paraná corre allí en el fondo de una inmensa hoyo, cuyas paredes, altas de cien metros, encajonan fúnebremente el río. Desde las orillas bordeadas de negros bloques de basalto, asciende el bosque, negro también. Adelante, a los costados, detrás, la eterna muralla lúgubre, en cuyo fondo el río arremolinado se precipita en incessantes borbollones de agua fangosa. El paisaje es agresivo, y reina en él un silencio de muerte. Al atardecer, sin embargo, su belleza sombría y calma cobra una majestad única.

El sol había caído ya cuando el hombre, semitendido en el fondo de la canoa, tuvo un violento escalofrío. Y de pronto, con asombro, enderezó pesadamente la cabeza: se sentía mejor. La pierna le dolía apenas, la sed disminuía, y su pecho, libre ya, se abría en lenta inspiración.

El veneno comenzaba a irse, no había duda. Se hallaba casi bien, y aunque no tenía fuerzas para mover la mano, contaba con la caída del rocío para reponerse del todo. Calculó que antes de tres horas estaría en Tacurú-Pucú. El bienestar avanzaba, y con él una somnolencia llena de recuerdos. No sentía ya nada ni en la pierna ni en el vientre. ¿Viviría aún su compadre Gaona en Tacurú-Pucú? Acaso viera también a su ex patrón mister Dougald, y al recibidor del obraje.

¿Llegaría pronto? El cielo, al poniente, se abría ahora en pantalla de oro, y el río se había coloreado también. Desde la costa paraguaya, ya entenebrecida, el monte dejaba caer sobre el río su frescura crepuscular, en penetrantes efluvios de azahar y miel silvestre. Una pareja de guacamayos cruzó muy alto y en silencio hacia el Paraguay.

Allá abajo, sobre el río de oro, la canoa derivaba velozmente, girando a ratos sobre sí misma ante el borbollón de un remolino. El hombre que iba en ella se sentía cada vez mejor, y pensaba entretanto en el tiempo justo que había pasado sin ver a su ex patrón Dougald. ¿Tres años? Tal vez no, no tanto. ¿Dos años y nueve meses? Acaso. ¿Ocho meses y medio? Eso sí, seguramente.

De pronto sintió que estaba helado hasta el pecho.

¿Qué sería? Y la respiración...

Al recibidor de maderas de mister Dougald, Lorenzo Cubilla, lo había conocido en Puerto Esperanza un viernes santo... ¿Viernes? Sí, o jueves...

El hombre estiró lentamente los dedos de la mano.

-Un jueves...

Y cesó de respirar.

### EL ALMOHADÓN DE PLUMAS-HORACIO QUIROGA

Su luna de miel fue un largo escalofrío. Rubia, angelical y tímida, el carácter duro de su marido heló sus soñadas niñerías de novia. Lo quería mucho, sin embargo, a veces con un ligero estremecimiento cuando volviendo de noche juntos por la calle, echaba una furtiva mirada a la alta estatura de Jordán, mudo desde hacía una hora. Él, por su parte, la amaba profundamente, sin darlo a conocer.

Durante tres meses —se habían casado en abril— vivieron una dicha especial. Sin duda hubiera ella deseado menos severidad en ese rígido cielo de amor, más expansiva e incauta ternura; pero el impasible semblante de su marido la contenía siempre.

La casa en que vivían influía un poco en sus estremecimientos. La blancura del patio silencioso —frisos, columnas y estatuas de mármol— producía una otoñal impresión de palacio encantado. Dentro, el brillo glacial del estuco, sin el más leve rasguño en las altas paredes, afirmaba aquella sensación de desapacible frío. Al cruzar de una pieza a otra, los pasos hallaban eco en toda la casa, como si un largo abandono hubiera sensibilizado su resonancia.

En ese extraño nido de amor, Alicia pasó todo el otoño. No obstante, había concluido por echar un velo sobre sus antiguos sueños, y aún vivía dormida en la casa hostil, sin querer pensar en nada hasta que llegaba su marido.

No es raro que adelgazara. Tuvo un ligero ataque de influenza que se arrastró insidiosamente días y días; Alicia no se reponía nunca. Al fin una tarde pudo salir al jardín apoyada en el brazo de él. Miraba indiferente a uno y otro lado. De pronto Jordán, con honda ternura, le pasó la mano por la cabeza, y Alicia rompió en seguida en sollozos, echándose los brazos al cuello. Lloró largamente todo su espanto callado, redoblando el llanto a la menor tentativa de caricia. Luego los sollozos fueron retardándose, y aún quedó largo rato escondida en su cuello, sin moverse ni decir una palabra.

Fue ese el último día que Alicia estuvo levantada. Al día siguiente amaneció desvanecida. El médico de Jordán la examinó con suma atención, ordenándole calma y descanso absolutos.

—No sé —le dijo a Jordán en la puerta de calle, con la voz todavía baja—. Tiene una gran debilidad que no me explico, y sin vómitos, nada... Si mañana se despierta como hoy, llámeme enseguida.

Al otro día Alicia seguía peor. Hubo consulta. Constatóse una anemia de marcha agudísima, completamente inexplicable. Alicia no tuvo más desmayos, pero se iba visiblemente a la muerte. Todo el día el dormitorio estaba con las luces prendidas y en pleno silencio. Pasábanse horas sin oír el menor ruido. Alicia dormitaba. Jordán vivía casi en la sala, también con toda la luz encendida. Paseábbase sin cesar de un extremo a otro, con incansable obstinación. La alfombra ahogaba sus pesos. A ratos entraba en el dormitorio y proseguía su mudo vaivén a lo largo de la cama, mirando a su mujer cada vez que caminaba en su dirección.

Pronto Alicia comenzó a tener alucinaciones, confusas y flotantes al principio, y que descendieron luego a ras del suelo. La joven, con los ojos desmesuradamente abiertos, no hacía sino mirar la alfombra a uno y otro lado del respaldo de la cama. Una noche se quedó de repente mirando fijamente. Al rato abrió la boca para gritar, y sus narices y labios se perlaron de sudor.

—¡Jordán! ¡Jordán! —clamó, rígida de espanto, sin dejar de mirar la alfombra.

Jordán corrió al dormitorio, y al verlo aparecer Alicia dio un alarido de horror.

—¡Soy yo, Alicia, soy yo!

Alicia lo miró con extravió, miró la alfombra, volvió a mirarlo, y después de largo rato de estupefacta confrontación, se serenó. Sonrió y tomó entre las suyas la mano de su marido, acariciándola temblando.

Entre sus alucinaciones más porfiadas, hubo un antropoide, apoyado en la alfombra sobre los dedos, que tenía fijos en ella los ojos.

Los médicos volvieron inútilmente. Había allí delante de ellos una vida que se acababa, desangrándose día a día, hora a hora, sin saber absolutamente cómo. En la última consulta Alicia yacía en estupor mientras ellos la pulsaban, pasándose de uno a otro la muñeca inerte. La observaron largo rato en silencio y siguieron al comedor.

—Pst... —se encogió de hombros desalentado su médico—. Es un caso serio... poco hay que hacer...

—¡Sólo eso me faltaba! —resopló Jordán. Y tamborileó bruscamente sobre la mesa.

Alicia fue extinguiéndose en su delirio de anemia, agravado de tarde, pero que remitía siempre en las primeras horas. Durante el día no avanzaba su enfermedad, pero cada mañana amanecía lívida, en síncope casi. Parecía que únicamente de noche se le fuera la vida en nuevas alas de sangre. Tenía siempre al despertar la sensación de estar desplomada en la cama con un millón de kilos encima. Desde el tercer día este hundimiento no la abandonó más. Apenas podía mover la cabeza. No quiso que le tocaran la cama, ni aún que le arreglaran el almohadón. Sus terrores crepusculares avanzaron en forma de monstruos que se arrastraban hasta la cama y trepaban dificultosamente por la colcha.

Perdió luego el conocimiento. Los dos días finales deliró sin cesar a media voz. Las luces continuaban fúnebremente encendidas en el dormitorio y la sala. En el silencio agónico de la casa, no se oía más que el delirio monótono que salía de la cama, y el rumor ahogado de los eternos pasos de Jordán.

Murió, por fin. La sirvienta, que entró después a deshacer la cama, sola ya, miró un rato extrañada el almohadón.

—¡Señor! —llamó a Jordán en voz baja—. En el almohadón hay manchas que parecen de sangre.

Jordán se acercó rápidamente y se dobló a su vez. Efectivamente, sobre la funda, a ambos lados del hueco que había dejado la cabeza de Alicia, se veían manchitas oscuras.

—Parecen picaduras —murmuró la sirvienta después de un rato de inmóvil observación.

—Levántelo a la luz —le dijo Jordán.

La sirvienta lo levantó, pero enseguida lo dejó caer, y se quedó mirando a aquél, lívida y temblando. Sin saber por qué, Jordán sintió que los cabellos se le erizaban.

—¿Qué hay? —murmuró con la voz ronca.

—Pesa mucho —articuló la sirvienta, sin dejar de temblar.

Jordán lo levantó; pesaba extraordinariamente. Salieron con él, y sobre la mesa del comedor Jordán cortó funda y envoltura de un tajo. Las plumas superiores volaron, y la sirvienta dio un grito de horror con toda la boca abierta, llevándose las manos crispadas a los bordos: —sobre el fondo, entre las plumas, moviendo lentamente las patas velludas, había un animal monstruoso, una bola viviente y viscosa. Estaba tan hinchado que apenas se le pronunciaba la boca.

Noche a noche, desde que Alicia había caído en cama, había aplicado sigilosamente su boca —su trompa, mejor dicho— a las sienes de aquélla, chupándole la sangre. La picadura era casi imperceptible. La remoción diaria del almohadón había impedido sin duda su desarrollo, pero desde que la joven no pudo moverse, la succión fue vertiginosa. En cinco días, en cinco noches, había vaciado a Alicia.

Estos parásitos de las aves, diminutos en el medio habitual, llegan a adquirir en ciertas condiciones proporciones enormes. La sangre humana parece serles particularmente favorable, y no es raro hallarlos en los almohadones de pluma.

#### LOS MENSÚ-HORACIO QUIROGA

Cayetano Maidana y Esteban Podeley, peones de obraje, volvían a Posadas en el *Silex*, con quince compañeros. Podeley, labrador de madera, tornaba a los nueve meses, la contrata concluída, y con pasaje gratis, por lo tanto. Cayé—mensualero—llegaba en iguales condiciones, mas al año y medio, tiempo necesario para chancelar su cuenta. Flacos, despeinados, en calzoncillos, la camisa abierta en largos tajos, descalzos como la mayoría, sucios como todos ellos, los dos mensú devoraban con los ojos la capital del bosque, Jerusalén y Gólgota de sus vidas. ¡Nueve meses allá arriba! ¡Año y medio! Pero volvían por fin, y el hachazo aún doliente de la vida del obraje, era apenas un roce de astilla ante el rotundo goce que olfateaban allí. De cien peones, sólo dos llegan a Posadas con haber. Para esa gloria de una semana a que los arrastra el río aguas abajo, cuentan con el anticipo de una nueva contrata. Como intermediario y coadyuvante, espera en la playa un grupo de muchachas alegres de carácter y de profesión, ante las cuales los mensú sedientos lanzan su jahijú! de urgente locura. Cayé y Podeley bajaron tambaleantes de orgía

pregustada, y rodeados de tres o cuatro amigas, se hallaron en un momento ante la cantidad suficiente de caña para colmar el hambre de eso de un mensú.

Un instante después estaban borrachos, y con nueva contrata sellada. ¿En qué trabajo? ¿En dónde? Lo ignoraban, ni les importaba tampoco. Sabían, sí, que tenían cuarenta pesos en el bolsillo, y facultad para llegar a mucho más en gastos. Babeantes de descanso y dicha alcohólica, dóciles y torpes, siguieron ambos a las muchachas a vestirse. Las avisadas doncellas condujeronlos a una tienda con la que tenían relaciones especiales de un tanto por ciento, o tal vez al almacén de la casa contratista. Pero en una u otra las muchachas renovaron el lujo detonante de sus trapos, anidáronse la cabeza de peinetones, ahorcáronse de cintas—robado todo con perfecta sangre fría al hidalgo alcohol de su compañero, pues lo único que el mensú realmente posee, es un desprendimiento brutal de su dinero.

Por su parte Cayé adquirió muchos más extractos y lociones y aceites de los necesarios para sahumar hasta la náusea su ropa nueva, mientras Podeley, más juicioso, insistía en un traje de paño. Posiblemente pagaron muy cara una cuenta entreoída y abonada con un montón de papeles tirados al mostrador. Pero de todos modos una hora después lanzaban a un coche descubierto sus flamantes personas, calzados de botas, poncho al hombro—y revólver 44 en el cinto, desde luego—repleta la ropa de cigarrillos que deshacían torpemente entre los dientes, dejando caer de cada bolsillo la punta de un pañuelo. Acompañábanlos dos muchachas, orgullosas de esa opulencia, cuya magnitud se acusaba en la expresión un tanto hastiada de los mensú, arrastrando consigo mañana y tarde por las calles caldeadas, una infección de tabaco negro y extracto de obraje. La noche llegaba por fin, y con ella la bailanta, donde las mismas damiselas avisadas inducían a beber a los mensú, cuya realeza en dinero de anticipo les hacía lanzar 10 pesos por una botella de cerveza, para recibir en cambio 1.40, que guardaban sin ojear siquiera. Así en constantes derroches de nuevos adelantos—necesidad irresistible de compensar con siete días de gran señor las miserias del obraje—el *Silex* volvió a remontar el río. Cayé llevó compañera, y ambos, borrachos como los demás peones, se instalaron en el puente, donde ya diez mulas se hacinaban en íntimo contacto con baúles, atados, perros, mujeres y hombres. Al día siguiente, ya despejada las cabezas, Podeley y Cayé examinaron sus libretas: era la primera vez que lo hacían desde la contrata. Cayé había recibido 120 en efectivo, y 35 en gasto, y Podeley 130 y 75, respectivamente. Ambos se miraron con expresión que pudiera haber sido de espanto, si un mensú no estuviera perfectamente curado de ese malestar. No recordaban haber gastado ni la quinta parte.

—¡Añá...!—murmuró Cayé—No voy a cumplir nunca...

Y desde ese momento tuvo sencillamente—como justo castigo de su despilfarro—la idea de escaparse de allá.

La legitimidad de su vida en Posadas era, sin embargo, tan evidente para, que sintió celos del mayor adelanto acordado a Podeley.

—Vos tenés suerte... dijo.—Grande, tu anticipo...

—Vos traés compañera—objetó Podeley—eso te cuesta para tu bolsillo...

Cayé miró a su mujer, y aunque la belleza y otras cualidades de orden más moral pesan muy poco en la elección de un mensú, quedó satisfecho. La muchacha deslumbraba, efectivamente, con su traje de raso, falda verde y blusa amarilla; luciendo en el cuello sucio un triple collar de perlas; zapatos Luis XV, las mejillas brutalmente pintadas, y un desdeñoso cigarro de hoja bajo los párpados entornados. Cayé consideró a la muchacha y su revólver 44: era realmente lo único que valía de cuanto llevaba con él. Y aún lo último corría el riesgo de naufragar tras el anticipo, por minúscula que fuera su tentación de tallar. A dos metros de él, sobre un baúl de punta, los mensú jugaban concienzudamente al monte cuanto tenían. Cayé observó un rato riéndose, como se ríen siempre los peones cuando están juntos, sea cual fuere el motivo, y se aproximó al baúl, colocando a una carta, y sobre ella, cinco cigarros. Modesto principio, que podía llegar a proporcionarle el dinero suficiente para pagar el adelanto en el obraje, y volverse en el mismo vapor a Posadas a derrochar un nuevo anticipo. Perdió; perdió los demás cigarros, perdió cinco pesos, el poncho, el collar de su mujer, sus propias botas, y su 44. Al día siguiente recuperó las botas, pero nada más, mientras la muchacha compensaba la desnudez de su pescuezo con incessantes cigarros despectivos. Podeley ganó, tras infinito cambio de dueño, el collar en cuestión, y una caja de jabones de olor que halló modo de jugar contra un machete y media docena de medias, quedando así satisfecho. Habían llegado, por fin. Los peones prepararon la interminable cinta roja que escalaba la barranca, desde cuya cima el "Silex" aparecía mezquino y hundido en el lúgubre río. Y con ahijús y terribles invectivas en guaraní, bien que alegres todos, despidieron al vapor, que debía ahogar, en una baldeada de tres horas, la nauseabunda atmósfera de desaseo, patchulí y mulas enfermas, que durante cuatro días remontó con él. Para Podeley, labrador de madera, cuyo diario podía subir a siete pesos, la vida de obraje no era dura. Hecho a ella, domada su aspiración de estricta justicia en el cubicaje de la madera, compensando las rapiñas rutinarias con ciertos privilegios de buen peón, su nueva etapa comenzó al día siguiente,

una vez demarcada su zona de bosque. Construyó con hojas de palmera su cobertizo—techo y pared sur—dió nombre de cama a ocho varas horizontales, nada más; y de un horcón colgó la provista semanal. Recomenzó, automáticamente, sus días de obraje: silenciosos mates al levantarse, de noche aún, que se sucedían sin desprender la mano de la pava; la exploración en descubierta de madera; el desayuno a las ocho, harina, charque y grasa; el hacha luego, a busto descubierto, cuyo sudor arrastraba tábanos, barigüís y mosquitos; después el almuerzo, esta vez porotos y maíz flotando en la inevitable grasa, para concluir de noche, tras nueva lucha con las piezas de 8 por 30, con el yopará del mediodía. Fuera de algún incidente con sus colegas labradores, que invadían su jurisdicción; del hastío de los días de lluvia que lo relegaban en cuclillas frente a la pava, la tarea proseguía hasta el sábado de tarde. Lavaba entonces su ropa, y el domingo iba al almacén a proveerse.

Era éste el real momento de solaz de los mensú, olvidándolo todo entre los anatemas de la lengua natal, sobrellevando con fatalismo indígena la suba siempre creciente de la provista, que alcanzaba entonces a cinco pesos por machete, y ochenta centavos por kilo de galleta. El mismo fatalismo que aceptaba esto con un iañá! y una riente mirada a los demás compañeros, le dictaba, en elemental desagravio, el deber de huir del obraje en cuanto pudiera. Y si esta ambición no estaba en todos los pechos, todos los peones comprendían esa mordedura de contra-justicia, que iba, en caso de llegar, a clavar los dientes en la entraña misma del patrón. Este, por su parte, llevaba la lucha a su extremo final, vigilando día y noche a su gente, y en especial a los mensualeros. Ocupábanse entonces los mensú en la planchada, tumbando piezas entre inacabable gritería, que subía de punto cuando las mulas, impotentes para contener la alzaprima, que bajaba a todo escape, rodaban unas sobre otras dando tumbos, vigas, animales, carretas, todo bien mezclado.

Raramente se lastimaban las mulas; pero la algazara era la misma. Cayé, entre risa y risa, meditaba siempre su fuga. Harto ya de revirados y yoparás, que el pre gusto de la huída tornaba más indigestos, deteníase aún por falta de revólver, y ciertamente, ante el winchester del capataz.

¡Pero si tuviera un 44!...

La fortuna llególe esta vez en forma bastante desviada. La compañera de Cayé, que desprovista ya de su lujoso atavío lavaba la ropa a los peones, cambió un día de domicilio. Cayé esperó dos noches, y a la tercera fue a casa de su reemplazante, donde propinó una soberbia paliza a la muchacha. Los dos mensú quedaron solos charlando, resultas de lo cual convinieron en vivir juntos, a cuyo efecto el seductor se instaló con la pareja. Esto era económico y bastante juicioso. Pero como el mensú parecía gustar realmente de la dama—cosa rara en el gremio—Cayé ofreciérsela en venta por un revólver con balas, que él mismo sacaría del almacén. No obstante esta sencillez, el trato estuvo a punto de romperse, porque a última hora Cayé pidió se agregara un metro de tabaco en cuerda, lo que pareció excesivo al mensú. Concluyóse por fin el mercado, y mientras el fresco matrimonio se instalaba en su rancho, Cayé cargaba concienzudamente su 44, para dirigirse a concluir la tarde lluviosa tomando mate con aquellos.

El otoño finalizaba, y el cielo, fijo en sequía con chubascos de cinco minutos, se descomponía por fin en mal tiempo constante, cuya humedad hinchaba el hombro de los mensú. Podeley, libre hasta entonces, sintióse un día con tal desgano al llegar a su viga, que se detuvo, mirando a todas partes qué podía hacer. No tenía ánimo para nada. Volvió a su cobertizo, y en el camino sintió un ligero cosquilleo en la espalda.

Sabía muy bien qué eran aquel desgano y aquel hormigüeo a flor de estremecimiento. Sentóse filosóficamente a tomar mate, y media hora después un hondo y largo escalofrío recorrióle la espalda bajo la camisa.

No había nada que hacer. Se echó en la cama, tiritando de frío, doblado en gatillo bajo el poncho, mientras los dientes, incontenibles, castañeaban a más no poder.

Al día siguiente el acceso, no esperado hasta el crepúsculo, tornó a mediodía, y Podeley fué a la comisaría a pedir quinina. Tan claramente se denunciaba el chicho en el aspecto del mensú, que el dependiente bajó los paquetes sin mirar casi al enfermo, quien volcó tranquilamente sobre su lengua la terrible amargura aquella. Al volver al monte, halló al mayordomo.

—Vos también—le dijo éste, mirándolo—y van cuatro. Los otros no importa... poca cosa. Vos sos cumplidor... ¿Cómo está tu cuenta?

—Falta poco... pero no voy a poder trabajar...

—¡Bah! Curate bien y no es nada... Hasta mañana.

—Hasta mañana—se alejó Podeley apresurando el paso, porque en los talones acababa de sentir un leve cosquilleo.

El tercer ataque comenzó una hora después, quedando Podeley aplomado en una profunda falta de fuerzas, y la mirada fija y opaca, como si no pudiera ir más allá de uno o dos metros.

El descanso absoluto a que se entregó por tres días—bálsamo específico para el mensú, por lo inesperado—no hizo sino convertirle en un bulto castañeteante y arrebjado sobre un raigón. Podeley, cuya fiebre anterior había tenido honrado y periódico ritmo, no presagió nada bueno para él de esa galopada de accesos casi sin intermitencia. Hay fiebre y fiebre. Si la quinina no había cortado a ras el segundo ataque, era inútil que se quedara allá arriba, a morir hecho un ovillo en cualquier vuelta de picada.

Y bajó de nuevo al almacén.

—¡Otra vez vos!—lo recibió el mayordomo.—Eso no anda bien... ¿No tomaste quinina?

—Tomé... No me hallo con esta fiebre... No puedo trabajar. Si querés darme para mi pasaje, te voy a cumplir en cuanto me sane...

El mayordomo contempló aquella ruina, y no estimó en gran cosa la vida que quedaba allí.

—¿Cómo está tu cuenta?—preguntó otra vez.

—Debo veinte pesos todavía... El sábado entregué... Me hallo muy enfermo...

—Sabés bien que mientras tu cuenta no esté pagada, debés quedar.

Abajo... podés morirte. Curate aquí, y arreglás tu cuenta en seguida.

¿Curarse de una fiebre perniciosa, allí donde se la adquirió? No, por cierto; pero el mensú que se va puede no volver, y el mayordomo prefería hombre muerto a deudor lejano.

Podeley jamás había dejado de cumplir nada, única altanería que se permite ante su patrón un mensú de talla.

—¡No me importa que hayas dejado o no de cumplir!—replicó el mayordomo.—¡Pagá tu cuenta primero, y después veremos!

Esta injusticia para con él creó lógica y velozmente el deseo de desquite.

Fue a instalarse con Cayé, cuyo espíritu conocía bien, y ambos decidieron escaparse el próximo domingo.

Pero al día siguiente, viernes, hubo en el obraje inusitado movimiento.

—¡Ahí tenés!—gritó el mayordomo, tropezando con Podeley.—Anoche se han escapado tres... ¿Eso es lo que te gusta, no? ¡Esos también eran cumplidores! ¡Como vos! Pero antes vas a reventar aquí, que salir de la planchada! ¡Y mucho cuidado, vos y todos los que están oyendo! ¡Ya saben!

La decisión de huir, y sus peligros, para los que el mensú necesita todas sus fuerzas, es capaz de contener algo más que una fiebre perniciosa. El domingo, por lo demás, había ya llegado; y con falsas maniobras de lavaje de ropa, simulados guitarreos en el rancho de tal o cual, la vigilancia pudo ser burlada, y Podeley y Cayé se encontraron de pronto a mil metros de la comisaría.

Mientras no se sintieran perseguidos, no abandonarían la picada; Podeley caminaba mal. Y aún así...

La resonancia peculiar del bosque trájoles, lejana, una voz ronca:

—¡A la cabeza! ¡A los dos!

Y un momento después surgían de un recodo de la picada, el capataz y tres peones corriendo. La cacería comenzaba. Cayé amartilló su revólver sin dejar de avanzar.

—¡Entregáte, añá!—gritóles el capataz.

—Entremos en el monte—dijo Podeley.—Yo no tengo fuerza para mi machete.

—¡Volvé o te tiro!—llegó otra voz.

—Cuando estén más cerca...—comenzó Cayé.—Una bala de winchester pasó silbando por la picada.

—¡Entrá!—gritó Cayé a su compañero.—Y parapetándose tras un árbol, descargó hacia allá los cinco tiros de su revólver.

Una gritería aguda respondióles, mientras otra bala de winchester hacía saltar la corteza del árbol.

—¡Entregáte o te voy a dejar la cabeza...!

—¡Andá no más!—instó Cayé a Podeley.—Yo voy a...

Y tras nueva descarga, entró en el monte.

Los perseguidores, detenidos un momento por las explosiones, lanzáronse rabiosos adelante, fusilando, golpe tras golpe de winchester, el derrotero probable de los fugitivos.

A 100 metros de la picada, y paralelos a ella, Cayé y Podeley se alejaban, doblados hasta el suelo para evitar las lianas. Los perseguidores lo presumían; pero como dentro del monte, el que ataca tiene cien probabilidades contra una de ser detenido por una bala en mitad de la frente, el capataz se contentaba con salvadas de winchester y aullidos desafiantes. Por lo demás, los tiros errados hoy habían hecho lindo blanco la noche del jueves...

El peligro había pasado. Los fugitivos se sentaron, rendidos. Podeley se envolvió en el poncho, y recostado en la espalda de su compañero, sufrió con dos terribles horas de chucos, el contragolpe de aquel esfuerzo.

Prosiguieron la fuga, siempre a la vista de la picada, y cuando la noche llegó, por fin, acamparon. Cayé había llevado chipas, y Podeley encendió fuego, no obstante los mil inconvenientes en un país donde, fuera de los pavones, hay otros seres que tienen debilidad por la luz, sin contar los hombres.

El sol estaba muy alto ya, cuando a la mañana siguiente encontraron al riacho, primera y última esperanza de los escapados. Cayé cortó doce tacuaras sin más prolja elección, y Podeley, cuyas últimas fuerzas fueron dedicadas a cortar los isipós, tuvo apenas tiempo de hacerlo antes de enroscarse a tiritar.

Cayé, pues, construyó solo la jangada—diez tacuaras atadas longitudinalmente con lianas, llevando en cada extremo una atravesada.

A los diez segundos de concluída se embarcaron. Y la hangadilla, arrastrada a la deriva, entró en el Paraná. Las noches son esa época excesivamente frescas, y los dos mensú, con los pies en el agua, pasaron la noche helados, uno junto al otro. La corriente del Paraná que llegaba cargado de inmensas lluvias, retorcía la jangada en el borbollón de sus remolinos, y aflojaba lentamente los nudos de isipó.

En todo el día siguiente comieron dos chipas, último resto de provisión, que Podeley probó apenas. Las tacuaras taladradas por los tambúes se hundían, y al caer la tarde, la jangada había descendido a una cuarta del nivel del agua. Sobre el río salvaje, encajonado en los lúgubres murallones de bosque, desierto del más remoto iay!, los dos hombres, sumergidos hasta la rodilla, derivaban girando sobre sí mismos, detenidos un momento inmóviles ante un remolino, siguiendo de nuevo, sosteniéndose apenas sobre las tacuaras casi sueltas que se escapaban de sus pies, en una noche de tinta que no alcanzaban a romper sus ojos desesperados.

El agua llegábales ya al pecho cuando tocaron tierra. ¿Dónde? No sabían... un pajonal. Pero en la misma orilla quedaron inmóviles, tendidos de espaldas.

Ya deslumbraba el sol cuando despertaron. El pajonal se extendía veinte metros tierra adentro, sirviendo de litoral a río y bosque. A media cuadra al sur, el riacho Paranaí, que decidieron vadear cuando hubieran recuperado las fuerzas. Pero éstas no volvían tan rápidamente como era de desear, dado que los cogollos y gusanos de tacuara son tardos fortificantes. Y durante veinte horas la lluvia transformó al Paraná en aceite blanco, y al Paranaí en furiosa avenida. Todo imposible. Podeley se incorporó de pronto chorreando agua, apoyándose en el revólver para levantarse, y apuntó. Volaba de fiebre.

—¡Pasá, añá!...

Cayé vió que poco podía esperar de aquel delirio, y se inclinó disimuladamente para alcanzar a su compañero de un palo. Pero el otro insistió:

—¡Andá al agua! ¡Vos me trajiste! ¡Bandeá el río!

Los dedos lívidos temblaban sobre el gatillo.

Cayé obedeció; dejóse llevar por la corriente, y desapareció tras el pajonal, al que pudo abordar con terrible esfuerzo.

Desde allí, y de atrás, acechó a su compañero, recogiendo el revólver caído; pero Podeley yacía de nuevo de costado, con las rodillas recogidas hasta el pecho, bajo la lluvia incesante. Al aproximarse Cayé alzó la cabeza, y sin abrir casi los ojos, cegados por el agua, murmuró:

—Cayé... caray... Frío muy grande...

Llovió aún toda la noche sobre el moribundo, la lluvia blanca y sorda de los diluvios otoñales, hasta que a la madrugada Podeley quedó inmóvil para siempre en su tumba de agua.

Y en el mismo pajonal, sitiado siete días por el bosque, el río y la lluvia, el mensú agotó las raíces y gusanos posible; perdió poco a poco sus fuerzas, hasta quedar sentado, muriéndose de frío y hambre, con los ojos fijos en el Paraná.

El *Silex*, que pasó por allí al atardecer, recogió al mensú ya casi moribundo. Su felicidad transformó en terror, al darse cuenta al día siguiente de que el vapor remontaba el río.

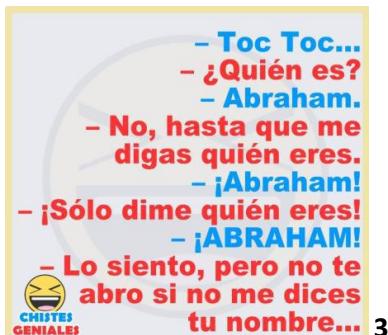
—¡Por favor te pido!—lloriqueó ante el capitán—¡No me bajen en Puerto X! ¡Me van a matar!... ¡Te lo pido de veras!...

El *Silex* volvió a Posadas, llevando con él al mensú empapado aún en pesadillas nocturnas.

Pero a los diez minutos de bajar a tierra, estaba ya borracho, con nueva contrata, y se encaminaba tambaleando a comprar extractos.



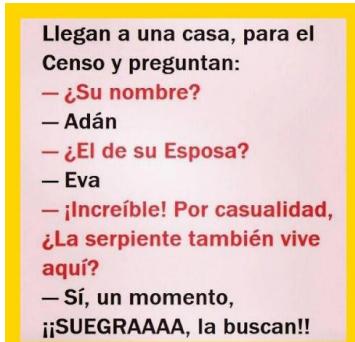
2



3



4



5

## EL HUMOR EN LA LITERATURA

### Texto 1

(1)

Llegó el mes de febrero. El mes ansiado por todos los trabajadores de la educación. Al fin volverían a ver a sus adorados educandos y retomar la rutina escolar. Así le ocurrió a la profesora Severina Rigidez y esa mañana calurosa se presentó a su mesa de examen de febrero en el Colegio Excelencia. Iba con muchas ganas de tomar esa evaluación, tantas que se le hacia agua la boca por lo que tenía que ponerse un pañuelo de tanta agua que se le salía.

Sin embargo, cuando llegó al colegio se encontró solamente con dos alumnos. Gutiérrez Lucas que como había ido a dar el examen, ni bien la profesora Severina se lo entregó, el joven lo devolvió inmediatamente sin siquiera haberle dado un vistazo y le preguntó:

-¿Ya que di el examen puedo retirarme?

El otro alumno, Fazzoni Pedro, como se había quemado las pestañas estudiando, tenía una venda en cada ojo, puesto que las quemaduras habían irritado hasta sus globos oculares, y decía:

- No veo lo que me pide, profe.

En ese momento, la preceptorita entró al aula para comunicarle a la profesora Rigidez que el otro alumno que debía la materia no podría asistir pues se encontraba internado por una obstrucción traqueal y estomacal que requería una cirugía por colon porque pobre... se había tragado los libros para el examen.

Así que la profesora Severina Rigidez rompió en mil pedazos el acta volante, tiró los papelitos por el aire, mientras los porteros subían a un camión todas las mesas del colegio (porque eran de febrero y para marzo ya no servían)

La profesora Rigidez se fue a su casa tranquila y tan descansada como había salido temprano a la mañana, sin haber podido tomar la evaluación.

- No importa- se dijo- ahora me tomo unos mates y listo. Y si tengo ganas, le tomo la prueba a mi gato que seguro aprueba.

### Texto 2

(1)

Francisco y Malena estaban juntos hacía ya seis años. Se aproximaba su sexto aniversario de noviazgo: era el momento de proponer casamiento a Male. Su amor por ella era incondicional. Cada vez que la miraba, sus ojos se humedecían y su pecho se expandía. Sí, compraría las alianzas y esa noche hablaría con su padre y la invitaría a cenar. Male venía de una familia muy tradicional y conservadora, pero Francisco estaba seguro de que había ganado la confianza del padre de su amada. En un acto solemne en que Male lo presentara ante su familia, el hombre, el señor Próculo, le había prevenido: "Casarte con Male te va a costar un ojo de la cara". Francisco sonrió.

-Bueno- pensó- habrá que esforzarse para darle lo mejor, yo tengo un buen trabajo... dinero no nos va a faltar y amor...sobra.

La hora de la propuesta llegó y, como era costumbre. Francisco pasó a buscar a Male. "¡Había soñado tanto este momento en que pediría su mano al señor Próculo!". El eterno enamorado detuvo su auto, bajó con entusiasmo y se aproximó a la puerta. La familia entera lo esperaba detrás de ella. El señor Próculo lo invitó a entrar y todos se dirigieron al comedor. Allí, Francisco y Male se sentaron frente a una figura bestial. El pretendiente arrojó la primera palabra para dar comienzo al acto. "Señor, vengo a pedirle la mano de su hija, aunque me cueste un ojo de la cara". El señor Próculo no emitió palabra alguna: con un hacha filosa, cortó la mano derecha de Male. Luego, con una tenaza, extirpó un ojo de Francisco. Ahora, ellos son muy felices, a pesar de todo.

Valeria Barattucci.

### Texto 3

#### EL ZOO- ILÓGICO

En nuestro Zoo-Ilógico hay animales que no existen en los Zoológicos comunes. Veamos algunos ejemplares:

El delCOMIENZO: es parecido al delFIN, sólo que cuando todos terminan de saltar y chapotear, él apenas está empezando.

El guACABRIL: a primera vista, es idéntico al guacamayo, pero es sólo posible verlo durante las lluvias de abril.

El BANANODrilo: tiene la apariencia de un COCODrilo común, pero es mucho más alargado, blando y amarillo.

La LAGOMota: es un roedor casi idéntico a la MARmota, pero, como podrán notar, es mucho más pequeña y casi casi no se mueve.

El mosQUETEAFIRE: herma no de sangre del mosQUITO que habita en la capital del Ecuador pero que

prefirió volar hacia el Sur, porque en vez de insecto se creó Drácula

Edgar Allan García



M  
A  
F  
A  
L  
D  
A  
R

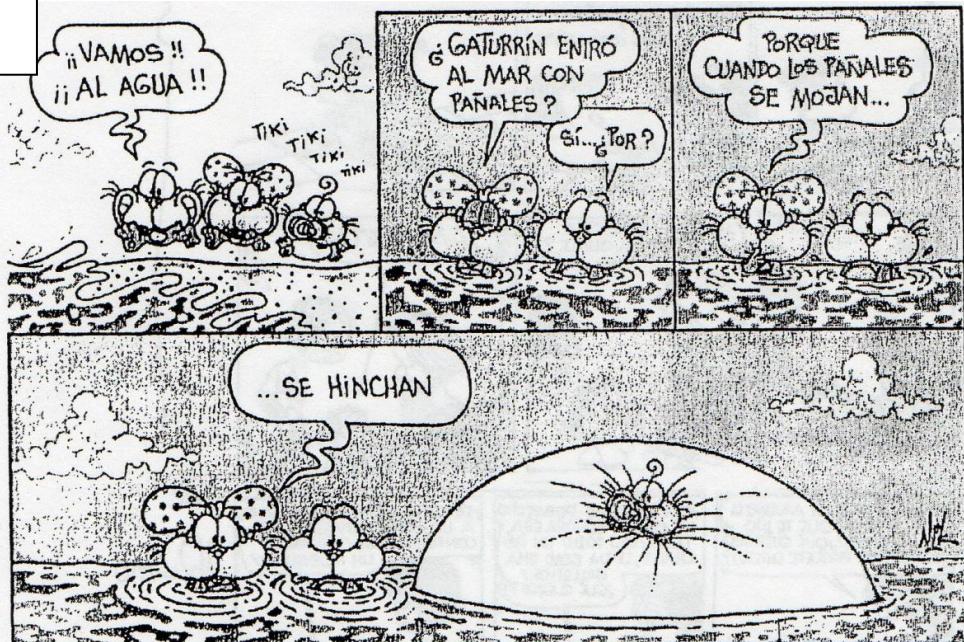
de Quino

Yo Matías de Sendra

1



2



R  
R  
C

3



yo Matías  
(Sendra)

4



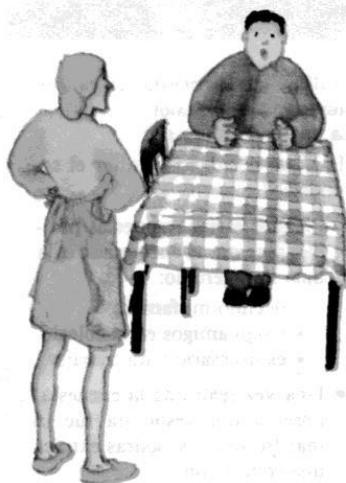
**PARA LEER  
Y DISFRUTAR**

# **TEATRO**

## **DATOS SOBRE LA OBRA**

Esta pequeña obra de teatro se basa en una situación que ha sido tratada varias veces en la escena española, con ligeras variantes en el diálogo y los personajes. La discusión entre el marido y la mujer sobre quién se comerá los huevos en la cena ha sido recreada en diferentes oportunidades, pero su origen es anónimo.

En el teatro popular español existen muchas anécdotas breves y graciosas como ésta, que han llegado hasta nosotros en distintas versiones, aunque siempre conservan lo esencial de cada historia.



## **Yo dos y tú uno**

**PERSONAJES:** MARIDO, MUJER, VECINOS, SACRISTÁN.

(Interior de una casa de aldea, muy pobre. Una mesa, sillas y, en un rincón, un viejo camastro.)

(En escena, Marido y Mujer, discutiendo.)

MUJER: Tú eres mi marido y yo tu mujer. No es justo que tú cenes siempre dos huevos y yo uno sólo. ¡Pero esto se acabó! ¡Te aseguro que se acabó!

MARIDO: Mujer, ¿qué quieres decir?

MUJER: ¡Que ya estoy harta de hacer la tonta! Llevamos veinte años cenando yo un huevo y tú dos, ¿verdad?

MARIDO: Eso es.

MUJER: Bueno, pues ahora, durante otros veinte años, si Dios nos da vida, cambiaremos los papeles: yo cenaré dos huevos y tú uno nada más.

MARIDO: ¡Pero eso no puede ser! ¡Me moriría de hambre!

MUJER: ¿Y yo? ¿Me he muerto de hambre yo? Pues tú tampoco te morirás, pierde cuidado.

MARIDO: Sí; me moriré.

MUJER: Haremos otra cosa: desde hoy nos turnaremos: un día me tocarán a mí dos y otro día te tocarán a ti. ¿Conforme?

MARIDO: No.

MUJER: Pero ¿y por qué?

MARIDO: Porque me conozco y sé que no podré resistir.

MUJER: ¿Sabes lo que eres tú? Un egoísta.

MARIDO: ¿Y sabes lo que quieras tú? Quedarte viuda.

MUJER: No podrás morirte por eso.

MARIDO: Sí que me moriré.

MUJER: Pues es igual; si te mueres, te entierran. No me dejaré ablandar.

MARIDO: ¿No? En ese caso, ya puedes comprarte el luto, porque ahora mismo me muero. (Se echa sobre el camastro y se queda rígido, panza arriba.)

MUJER: Déjate de tonterías y levántate de ahí.

MARIDO: No puedo; estoy muerto.

MUJER: ¡He dicho que te levantes!

MARIDO: ¿Y me darás de cenar dos huevos?

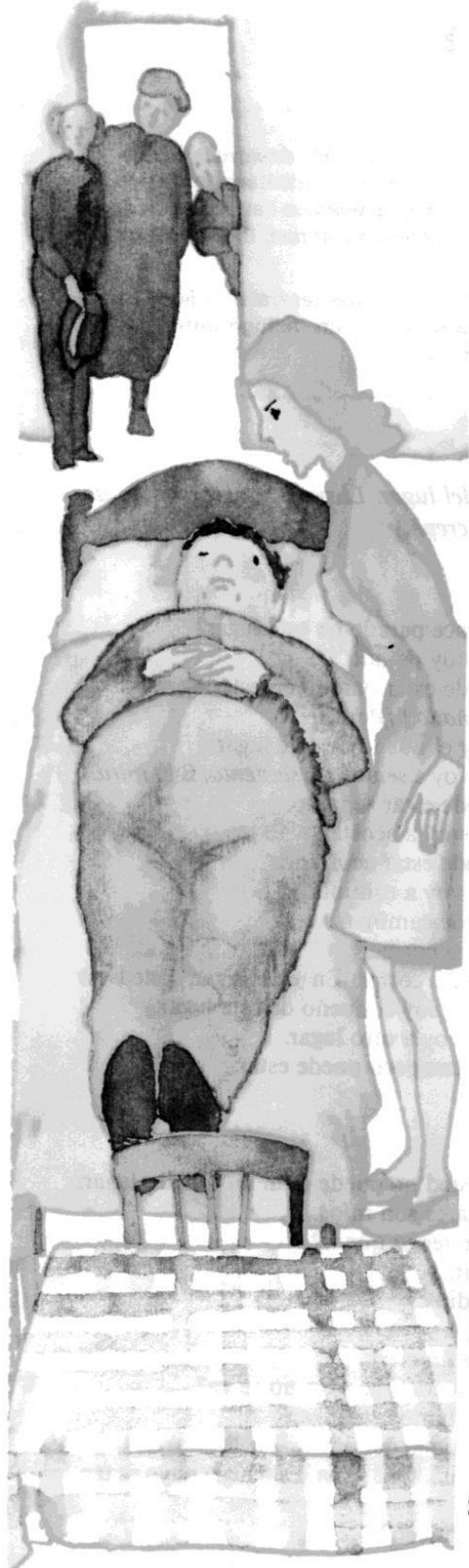
MUJER: Uno.

MARIDO: Dos.

MUJER: ¡Uno!

MARIDO: ¡Dos!

MUJER: ¡Uno!



MARIDO: Está bien. Vete de aquí y déjame descansar en paz. Respeta a los difuntos.

MUJER: ¡Mira que llamo a los vecinos!

MARIDO: Pues llámalos.

MUJER: ¡Mira que te van a enterrar!

MARIDO: Pues que me entierren.

MUJER: ¡Conque esas tenemos! ¡Ahora verás! (*Asomándose a una puerta que habrá en el foro.*) ¡Acudid, vecinos! ¡Vecinos, acudid, que mi marido se ha muerto!

(*Entran vecinos y vecinas, entre ellos el Sacristán, que es cojo.*)

TODOS: ¿Qué pasa? ¿Qué sucede?

MUJER: (*Haciendo que llora.*) ¡Qué pasa? ¡Pues no lo veis? ¡Que mi marido se ha muerto!

TODOS: ¡Qué horror!...

VECINA 1.<sup>a</sup>: ¡Quién lo iba a decir! ¡Ayer tan sano y tan bueno!

VECINA 2.<sup>a</sup>: No somos nada.

SACRISTÁN: ¡Polvo eres y en polvo te «reverteces»! ¡Y cómo ha sido el óbito?

MUJER: No hubo óbito ni nada. De repente le dio un patatús, estiró la pata y se quedó tieso como un poste.

SACRISTÁN: Habrá que avisar al cura.

MUJER: Ya le he mandado aviso.

SACRISTÁN: Y al médico.

VECINO: No veo yo qué va hacer el médico aquí. A las leguas se ve que el difunto está completamente muerto.

SACRISTÁN: No seas ignorante, Robustiano. El médico tiene que certificar la defunción. Sin ese *requesito* no podrá ser inhumado.

VECINO: (*Con la mano en la oreja.*) ¡Qué ha dicho usted? ¡Qué no podrá ser ahumado?

SACRISTÁN: Inhumado. He dicho in-hu-ma-do.

VECINO: ¡Ah, ya! Oiga, ¿y eso qué es?

SACRISTÁN: Enterrado. ¡Comprende ahora? Enterrado. (*Aparte.*) ¡Qué alfabetismo hay en este pueblo!

VECINA 1.<sup>a</sup>: (*Admirada.*) ¡Hay que ver! ¡Cuánto sabe nuestro sacristán!

VECINA 2.<sup>a</sup>: Es un portento. A los veinte años, era capaz de leer casi de corrido. ¡Lástima que tenga mal una pierna!

MUJER: ¡Ay, pobre marido mío! (*Se arrodilla ante él, y haciendo como que llora, le habla en voz baja.*) ¡Mira que la cosa va de veras!

MARIDO: Pues que vaya.

MUJER: ¡Mira, marido, que te entierran! Ya has oído al sacristán.

MARIDO: No me importa.

MUJER: Levántate, marido, que esto ya dura demasiado. Es una broma pesada.

MARIDO: Si a estar muerto le llamas broma...

MUJER: Está bien, tú has ganado: cenarás dos huevos.

MARIDO: (*Poniéndose en pie de un salto.*) ¡Viva! ¡Me cenaré dos! ¡Me cenaré dos!

(*Todos escapan espantados, gritando y atropellándose al salir por la puerta. El Sacristán, que, como es cojo, no puede correr y se habrá quedado el último, se pone a dar vueltas por la habitación, exclamando:*)

SACRISTÁN: ¡Dice que se cenará dos! ¡Pobre de mí! ¡Quién será el otro? ¡Porque uno soy yo, no cabe duda! ¡Ay! ¡Ay!...

TELÓN

## Entre los hielos y los cielos

Personajes: VALERIA y MARTÍN.

VALERIA Y MARTÍN se encuentran por la calle. Cada uno lleva un walkman con auriculares desmesuradamente grandes, y hablan sin quitárselos.

MARTÍN. —¡Hola, Valeria! ¿Qué haces? Yo escucho la radio. Un programa muy interesante sobre la tierra y los hielos: ¿Y vos?

VALERIA. —¿Los cielos? ¡Qué casualidad! Yo estoy escuchando algo sobre las rutas del cielo.

MARTÍN. —Dicen que hay que tener cuidado al andar sobre el hielo y evitar los saltos.

VALERIA. —¿Evitar los altos? Claro, los aeropuertos no pueden estar cerca de edificios altos.

MARTÍN. —Dicen que algunos hielos son dulces, pero que también están los salados.

VALERIA. —¿Los alados? Sí, están hablando de los distintos modelos de las alas.

MARTÍN. —¿Las salas? ¡Exactamente! En los polos hay cavernas heladas con muchas salas.

VALERIA. —Bueno, justamente acaban de decir que hay un avión especialmente diseñado para trasladar equipos de polo, con caballos y todo.

MARTÍN. —Claro, el agua de deshielo es buena para cualquier tipo de cabello.

VALERIA. —¡Qué interesante! Hablari de la vista aérea de la isla de Sicilia.

MARTÍN. —Le voy a recomendar el tratamiento a mi hermana Cecilia.

VALERIA. —Hay un nuevo tipo de avión que producirá muchos ecos en los viajes por aire.

MARTÍN. —¿Secos? Sí, es ideal para los cabellos secos, junto con algunas hierbas.

VALERIA. —¿Ciervas? ¡Qué coincidencia! Le están haciendo un reportaje a un piloto de avión que traslada ciervas con sus crías desde un lugar inundado a otro fuera de peligro.

MARTÍN. —Las hierbas disminuyen la saña de los piojos que anidan entre los cabellos.

VALERIA. —Sí, los pilotos han realizado una verdadera hazaña.

MARTÍN. —Gracias al tratamiento cualquier enfermedad de los cabellos cede.

VALERIA. —Están llevando las ciervas a una nueva sede.

MARTÍN. —¿No es extraordinario? Los dos estamos escuchando la misma frecuencia de radio.

VALERIA. —Sí, últimamente nos vemos con frecuencia.

MARTÍN. —¡Me encantó conversar con vos!

VALERIA. —¿Conservar? A mí también me gustaría conservar esta amistad.

TELÓN

Adela Dash.

Una manera de comentar hechos o situaciones de la realidad es a través del humor. El poder del humor reside en que, al evitar el camino del discurso serio y, en ocasiones, desatar incluso la risa, se pueden decir cosas que, de otro modo, podrían sufrir censura por parte de otros o resultar demasiado chocantes. Por eso, el humor gráfico es un tipo de humor visual que se caracteriza por comentar la actualidad de forma punzante pero sin que se lo pueda juzgar del todo. En este proyecto se analizarán distintas tiras de humor gráfico, tanto desde sus aspectos formales como desde los procedimientos que realizan para comentar la realidad, y realizarán ustedes mismos una tira gráfica.



▲ Imagen 1. © Quino.



▲ Imagen 2. © Alejandra Lubliner Gonik, Lunik.

▲ Imagen 3. © Maitena.



▲ Imagen 4. © Liniers.

### SUSTO EN LA NOCHE

En una noche muy oscura y muy lluviosa estaba un hombre en medio de un solitario camino pidiendo que alguien lo llevara. Llovía tan torrencialmente que no se veía nada a más de dos metros. De pronto, lentamente y sin mayores ruidos apareció un auto, como aparecido de la nada, y se detuvo ante él. El hombre, sin pensar, abrió la puerta y se subió, y el auto se puso lentamente en movimiento... Grande fue su sorpresa y susto, ya que al mirar hacia el asiento del conductor se dio cuenta que no había nadie. Mayor fue su angustia cuando vio que en el camino venía una curva... Se afirmó lo mejor que pudo, esperando lo peor, cuando de pronto al enfrentar la curva se abrió la puerta, entró una mano que tomó el volante y guió el auto a través de la curva. Esto mismo se repitió cada vez que había una curva, y el pobre hombre con un miedo indescriptible de pronto abrió su puerta, saltó al camino y corrió lo más rápido que pudo hasta el próximo pueblo.

Cuando llegó, -aún muy asustado- entró a un bar a calmar sus nervios y a relatar lo que le había sucedido. Al cabo de media hora de entrar en calor, secarse, contar su odisea y tomar unos tragos, entraron dos hombres al bar, mojados hasta los huesos y cansados a más no poder, y al ver a nuestro héroe uno le comentó al otro:

- Mira Juan... ahí está el desgraciado que se subió al auto mientras nosotros empujábamos.

## EL TERROR EN LA LITERATURA

### La dama de blanco llora en la Recoleta

en Diario Clarín - 2005 .

Rufina era descendiente de una familia porteña de abolengo, hija del escritor Eugenio Cambaceres. La noche en que celebraba sus 19 años se preparaba para ir al teatro. Pero fue encontrada muerta. Tres médicos se encargaron de revisarla porque la noticia estremeció a la aristocracia porteña. "En el obituario de los diarios figura esta información", revela Omar López Mato, autor de *Ciudad de Ángeles*, un libro que repasa historias del cementerio de Recoleta.

Después del veloz entierro (no hubo velatorio) un familiar visitó su tumba y descubrió un leve desplazamiento del ataúd. La leyenda cuenta que cuando lo abrieron, encontraron golpes y rasguños en la cara de Rufina, provocados, quizás, en su intento por escapar. ¿Había sido enterrada viva? La versión de la catalepsia empezó a correr en la Buenos Aires de 1903, sobre todo por la escultura de un joven abriendo la puerta de la tumba que decora aún hoy la bóveda. ¿La estatua dio lugar a la leyenda? ¿O fue al revés?

Quizás el alma en pena de Rufina sea la dama de blanco que muchos juran haber visto vagando por la Recoleta.

### EL CASTILLO DE OTRANTO, DE HORACE WALPOLE (FRAGMENTO)

"En aquel momento, el retrato de su abuelo, que pendía sobre el banco donde habían estado sentados, exhaló un suspiro y movió el pecho. Isabella, que estaba de espaldas al cuadro, no pudo ver el movimiento ni saber de donde provenía el susurro, pero se asustó y dijo, al tiempo que se encaminaba a la puerta:—Escuchad, señor, ¿qué ha sido ese ruido? Manfred tenía dividida la atención entre la huida de Isabella, que ya había llegado a las escaleras, y la imposibilidad de apartar la vista del cuadro, que empezaba a moverse. Sin embargo, ya había dado unos pasos hacia ella, aunque todavía seguía mirando el retrato, cuando vio que la figura se salía del cuadro y descendía hasta el suelo con aire triste y melancólico.—¿Estoy soñando? —exclamó Manfred dándose vuelta—. ¿O se confabulan todos los demonios contra mí? ¡Habla, espectro infernal! Si eras mi antepasado, ¿por qué conspiras también en contra de tu desdichado descendiente que paga muy cara...? Antes de que pudiera concluir, la visión suspiró de nuevo e hizo una indicación a Manfred para que le siguiera.—¡Adelante! —gritó Manfred—. Te seguiré hasta los infiernos. El espectro avanzó, sereno, pero apesumbrado, hasta el fondo de la galería, y entró en una estancia a la derecha. Manfred le seguía a corta distancia, decidido, aunque lleno de espanto y ansiedad. Cuando iba a entrar a la estancia, una mano

invisible cerró la puerta violentamente. El príncipe, tomando valor ante esta demora, hubiera forzado la puerta con el pie, pero esta se resistía a todos sus esfuerzos.

### **LA NARRATIVA DEL TERROR**

En 1765, Horace Walpole publicó *El castillo de Otranto* y sentó las bases de la novela gótica, antecedente del moderno género de terror.

Sin embargo, esta obra no pretendía abiertamente causar miedo o terror al lector, era más bien un divertimento en el que el autor plasmaba su gusto por las antigüedades y las edificaciones medievales. Además de carecer de un verdadero clima de horror, la novela presenta bastante humor.

La corriente, iniciada por la novela de Walpole, conocida como «terror gótico» se caracterizaría por ofrecer una atmósfera opresiva y misteriosa, nacida entre castillos en ruinas, objetos antiguos portadores de maldiciones, monjes y brujos dementes y una gran cantidad de fenómenos sobrenaturales.

Podría catalogarse como perteneciente al género terror cualquier texto que busque lograr un efecto de inquietud en el lector, más allá de los elementos que utilice para conseguirlo. Esto significaría, en principio, que no importa si en la narración aparecen monstruos, fantasmas o cualquier otro elemento sobrenatural; si el efecto no se logra, si el lector no se commueve, el texto no es de terror. Inversamente, si se lograra inquietar al lector, aunque se tratara de un texto sobre cultivo de flores o historias de fútbol, el resultado sería un texto de terror.

La tradición incluye en el género terror no solo a la novela gótica, sino a sus evoluciones posteriores y la obra de autores especializados en temas truculentos o monstruosos, como H. P. Lovecraft, o el más reciente Stephen King.

Dentro del género terror existen diversos subgéneros, es decir, estructuras narrativas que tienen sus convenciones y sus leyes de funcionamiento.

Por ejemplo, se puede considerar a las historias de zombies como un tipo particular de relato en el que un grupo de personas resulta inmune a un mal que afecta a la mayoría y los convierte en zombies o criaturas similares, que luego deambulan intentando atacar a los sobrevivientes.

Las características básicas del subgénero son:

-Se ignora la causa del mal que vuelve a las personas zombies, pero se ofrecen varias hipótesis, ninguna de las cuales se confirma.

-El ataque del zombie es mortal o transmite el mal.

-Los relatos ocurren en grandes escenarios. La unidad mínima de acción es un pueblo aislado; la mayor se da cuando la catástrofe toma escala mundial.

-El o los personajes principales van encontrando nuevos supervivientes, que se unen o se enfrentan al grupo principal.

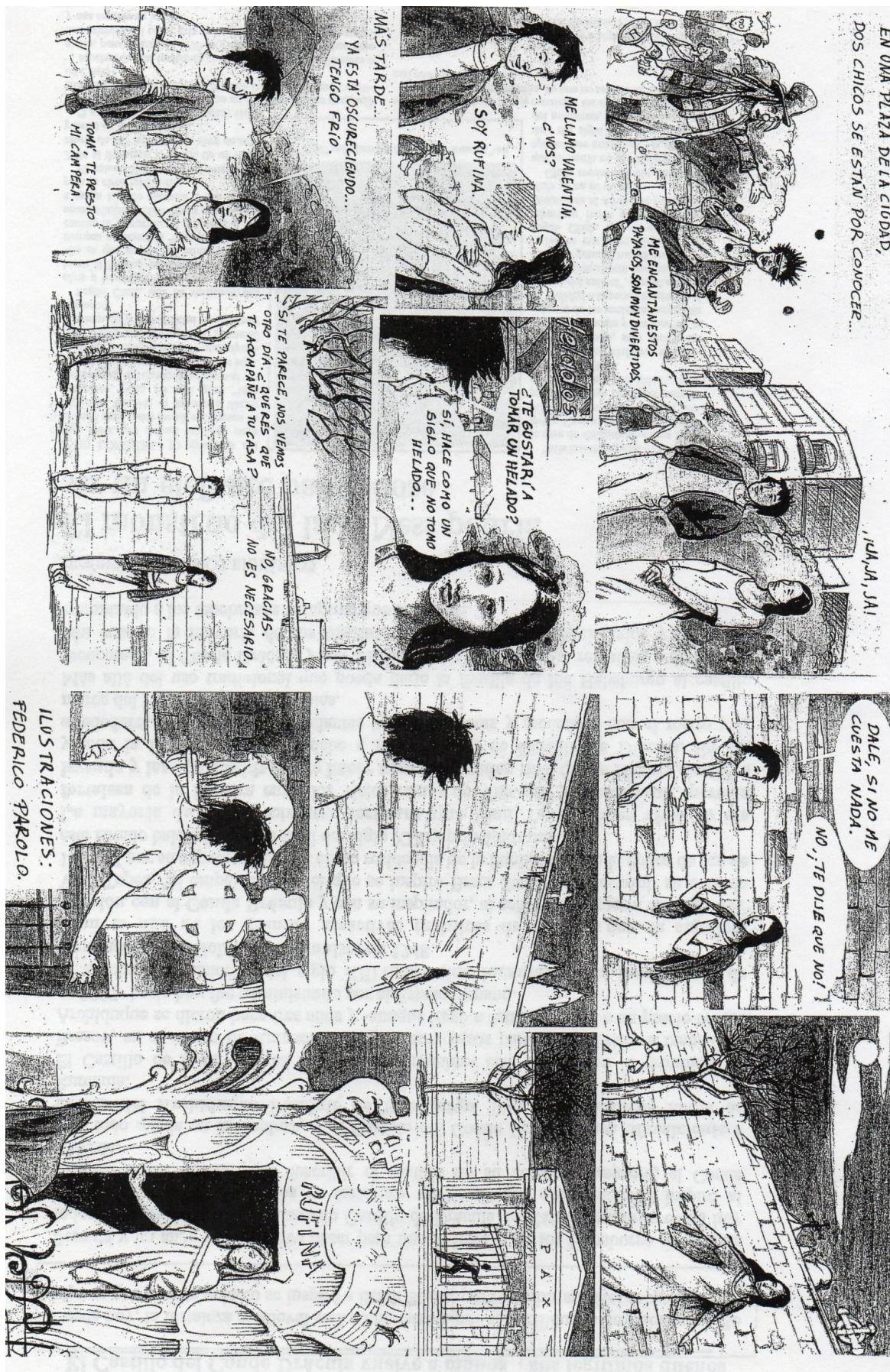
-El principal foco de tensión dramática son las relaciones de los supervivientes entre sí.

-La primera misión del personaje principal es buscar a su familia, de la que estaba separado temporalmente cuando el fenómeno ocurrió.

-Los supervivientes que van apareciendo aportan nuevas hipótesis sobre el origen del mal o agregan información acerca de su expansión.

Estos principios pueden apreciarse en las obras más importantes del subgénero, como *Soy leyenda* (1957) de Richard Matheson o *Cell* (2006) de Stephen King.

---



## SI HAY UN MONSTRUO QUE ES TODOS LOS MONSTRUOS, ESE ES DRÁCULA

Todos los mitos del terror se reúnen en Drácula. Es un muerto vivo, pero, también puede convertirse en animal (en murciélago, en lobo, en ratas) y, en algo inmaterial (niebla). Puede dirigir los vientos e inventar tormentas. Atributos, por lo tanto de muerto vivo, de licántropo, de brujo, de fantasma. Vive en un castillo de los Cárpatos, en Transilvania. Ahí lleva una vida tranquila, pero apartada y tediosa.

Lo aburre el enorme castillo, lo aburre beber siempre sangre de campesinos, lo aburre asustar a gente a quien basta con su sola leyenda de atemorizar. Planea entonces un viaje a Londres. Curiosa forma de hacer turismo. Drácula debe viajar con ataúdes llenos de tierra que es el único modo de no perder su poder.

¿Quién no conoce las características de los vampiros? No se reflejan en los espejos, los debilitan los símbolos sagrados, los espanta la luz. Todos estos rasgos son razonables y tiene su explicación, pero hay uno que permanece inexplicable: ¿por qué tiene, el ajo, poder sobre ellos? Ese detalle irracional e inverosímil es lo que nos hace creer todavía hoy en las historias de vampiros: basta que algo sea descabellado, para que lo sospechemos verdadero.

*Pablo de Santis. Guía de Vampiros y de monstruos*

## FRANKENSTEIN

Frankenstein es una novela de la escritora inglesa Mary Shelley sobre la creación de un horrible monstruo. La historia trata de un científico llamado Victor Frankenstein, tan obsesionado por saber cómo se hace la vida y por llevar a cabo experiencias de animación de la materia muerta a través de la electricidad, que decide llevar a cabo un macabro experimento: crear un ser de partes muertas, sacadas del cementerio, de mataderos y de morgues. Cuando logra hacer vivir a su criatura, se asusta de su propia creación, abandona su trabajo y el monstruo escapa del laboratorio. Enseguida, la criatura descubre que todos lo rechazan por su aspecto y decide vengarse de su creador, cometiendo terribles crímenes.

## EL LOBO

Logré que uno de mis compañeros de hostería- un soldado más valiente que Plutón- me acompañara. Al primer canto del gallo emprendimos la marcha; brillaba la luna como el sol al mediodía. Llegamos a unas tumbas. Mi hombre empieza a conjurar los astros; yo me siento y empiezo a contar las columnas y a canturrear. Al rato me vuelvo hacia mi compañero y lo veo desnudarse y dejar la ropa al borde del camino. De miedo se abrieron las carnes, me quedé como muerto: lo vi orinar alrededor de su ropa y convertirse en lobo.

Lobo rompió a dar aullidos y huyó al bosque.

Fui a recoger su ropa y vi que se había transformado en piedra.

Desenvainé la espada y temblando llegué a casa. Melisa se extrañó de verme llegar a tales horas. Si hubieras llegado poco antes, me dijo, hubieras podido ayudarnos: un lobo ha penetrado en el redil y ha matado las ovejas, fue una verdadera carnicería. Logró escapar pero uno de los esclavos le atravesó el pescuezo con una lanza.

Al día siguiente, volví por el camino de las tumbas. En lugar de la ropa petrificada había una mancha de sangre.

Entré en la hostería, el soldado estaba tendido en un lecho. Sangraba como buey, un médico estaba curándole el cuello.

*Antología de la literatura fantástica. Borges. Bioy Casares y Ocampo.*

• • • Vampiro

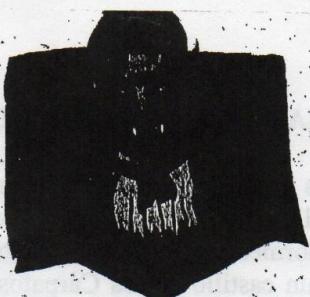
**E**spectro o no-muerto que bebé sangre humana.

El vampiro (que siempre se presenta con forma humana, hombre o mujer) penetra en una alcoba y, con exquisita delicadeza, aplica el "beso del vampiro" sobre la arteria carótida de su víctima. Los afiladísimos dientes del vampiro perforan la arteria, para extraer las esencias vitales que proporcionan al vampiro su horrible-inmortalidad.

Una vez escogida la víctima, el vampiro regresará una y otra vez para saciarse con su sangre. El involuntario "donante" se va debilitando, adelgaza, se consume y acaba por morir. Pero entonces, el perverso beso manifiesta su efecto eterno: la víctima se convierte a su vez en un vampiro y, llegado el momento, sale de su tumba para buscar víctimas propias, continuando así el terrible ciclo.

Hay que advertir, no obstante, que la víctima de un vampiro no siempre muere. A menudo, el efecto del beso del vampiro es tan fuerte que la víctima queda vampirizada estando aún viva, y sale a buscar sangre en el vecindario.

Adaptación de M. Page y R. Ihgpen, *Enciclopedia de las cosas que nunca existieron*. Madrid: Anaya, 1999.



## Misterio en Salta: dicen haber visto un gran reptil en un dique

29/12/11

Nace un nuevo mito. Visitantes del dique Cabra Corral, en Salta, aseguran haber visto un extraño animal acuático, e incluso –bien en sintonía con estos tecnológicos tiempos– llegaron a sacarle una foto y hasta a filmar un video. Se trata de imágenes lo suficientemente imprecisas como para mantener la duda acerca del "Cabralito", como bautizaron al supuesto habitante del dique; en una clara alusión al ya célebre "Nahuelito" del Nahuel Huapi.

El asunto comenzó con un artículo en el diario salteño *El Tribuno*, que difundió una supuesta foto del extraño animal, aparentemente de grandes dimensiones, tomada a fines de noviembre por el cordobés Leo Bonino y su esposa Graciela Chilo en cercanías del embarcadero El Préstamo.

Cabra Corral es un dique artificial construido entre 1966 y 1972, el segundo embalse más grande de Argentina. Tiene 127 kilómetros cuadrados y está ubicado a 65 kilómetros de Salta capital.

Jorge Santi, experimentado buzo táctico de la División Lacustre de la Policía salteña, dijo a *El Tribuno* que no le sorprendió la noticia, porque él mismo atendió a una familia de turistas que, una noche, aseguró haber visto un desplazamiento de un extraño animal sobre las aguas del Cabra Corral.

"Desde hace años hay rumores al respecto. Algunos dicen que vieron un reptil parecido al yacaré y otros juran haber visto a una gran serpiente que se desplaza con la cabeza sobre la superficie", sostuvo Santi. "Este embalse tiene profundidades inalcanzables para los equipos de buceo y el entrenamiento que poseemos", agregó.

Aunque las historias –siempre con el grado de imprecisión que se necesita para la creación de un mito– se repiten, muchos son escépticos. O, directamente, incrédulos. Como Roberto Eduardo Portal de la Cuesta, un lector que vivió varios años cerca del Cabra Corral y envió una carta a *El Tribuno*. "El 'Cabralito' no es más que una familia de nutrias que habitan hace 30 años en el dique", afirmó, en tono desmitificador.

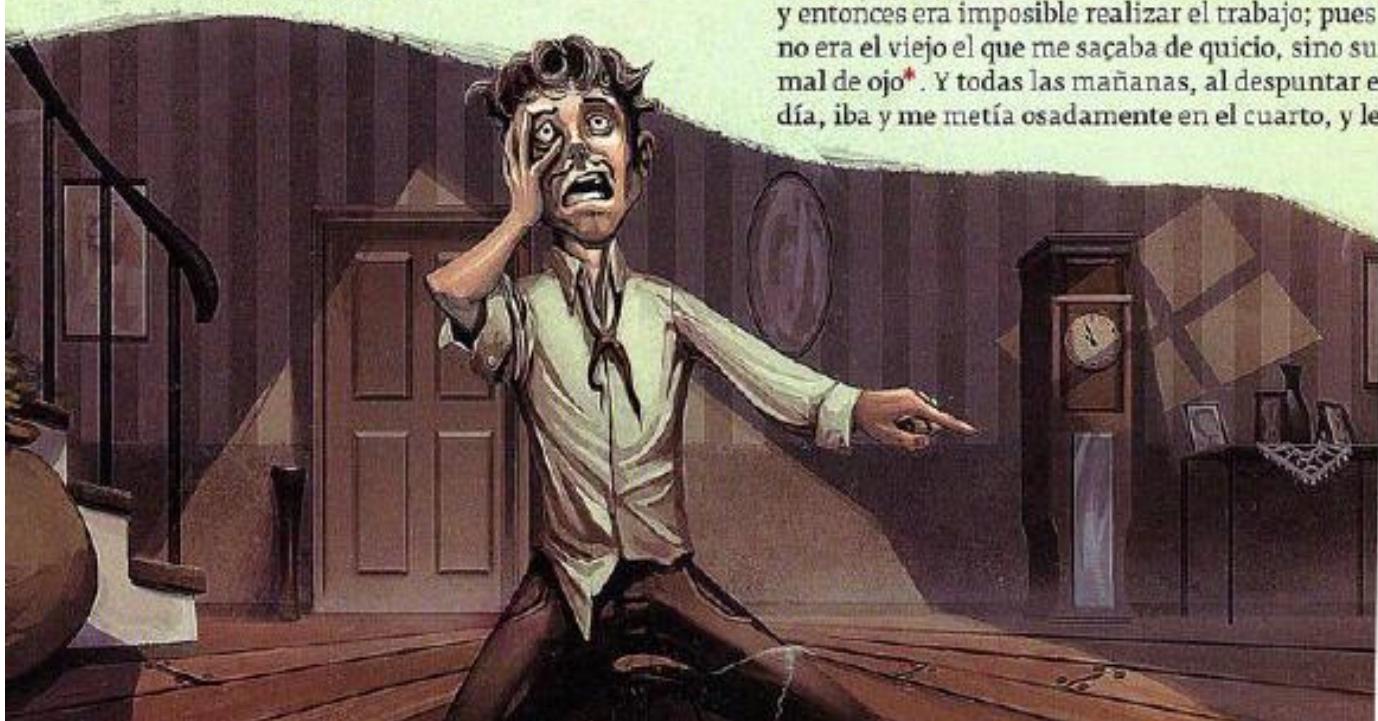
## El corazón delator

de Edgar Allan Poe

**E**s cierto! Soy nervioso, muy nervioso, espantosamente nervioso. Siempre lo he sido; pero ¿por qué van a decir ustedes que estoy loco? La enfermedad había agudizado mis sentidos: no los había destruido, no los había embotado\*. Sobre todo, mi sentido del oído era muy agudo. Oía todas las cosas de los cielos y de la tierra. Oía muchas cosas del infierno. ¿Cómo, entonces, podría estar loco? ¡Escuchen!, y observen cuán saludablemente, con cuánta calma puedo contarles toda la historia.

Me resulta imposible decir cómo me entró la idea en la cabeza al principio; pero una vez concebida, me persiguió día y noche. No tenía ningún objeto. No había ninguna pasión. Yo adoraba al viejo. Él nunca me había hecho nada malo. Nunca me había insultado. Yo no deseaba para nada su oro. ¡Creo que fue su ojo! ¡Sí, fue eso! Tensa un ojo de buitre\*: un ojo azul pálido, con una película sobre su superficie. Cada vez que lo posaba sobre mí, se me helaba la sangre; y así, poco a poco –muy gradualmente– resolví quitarle la vida al viejo, y así librarme para siempre del ojo.

Ahora bien, el punto es este. Ustedes me juzgan loco. Los locos no saben nada. Pero deberían haberme visto. Deberían haber visto lo sabiamente que procedí: ¡con qué cautela\*, con qué previsión, con qué disimulo acometí el trabajo! Nunca fui más amable con el viejo que durante toda la semana antes de matarlo. Y todas las noches, alrededor de la medianoche, giraba el picaporte de su puerta y la abría... ¡ah, tan suavemente! Y luego, cuando la había abierto lo suficiente para que pasara mi cabeza, metía una linterna sorda\*, cerrada, totalmente cerrada, para que no escapara ninguna luz, y entonces introducía la cabeza. ¡Ah, ustedes se habrían reido al ver lo astutamente que la introducía! La movía despacio, muy, muy despacio, de modo de no perturbar el sueño del viejo. Me llevaba una hora meter la cabeza entera en la abertura, hasta que podía verlo yaciendo sobre su cama. ¡Ja! ¡un loco habría sido tan prudente para hacer algo así! Y entonces, cuando mi cabeza estaba bien metida en la habitación, abría la linterna cautelosamente –ah, tan cautelosamente–; la abría justo lo suficiente como para que un único rayo delgado cayera sobre el ojo de buitre. E hice esto durante siete largas noches –todas las noches justo a medianoche–, pero siempre encontraba cerrado el ojo y entonces era imposible realizar el trabajo; pues no era el viejo el que me sacaba de quicio, sino su mal de ojo\*. Y todas las mañanas, al despuntar el día, iba y me metía osadamente en el cuarto, y le



hablaba resueltamente, llamándolo por su nombre en un tono cálido, y lo interrogaba acerca de cómo había pasado la noche. Así que, ya ven, él tendría que haber sido un viejo muy perspicaz, ciertamente, para sospechar que todas las noches, justo a las doce, yo lo miraba mientras él dormía.

Al llegar la octava noche, fui más cauteloso que lo habitual al abrir la puerta [...].

Tenía la cabeza adentro, y estaba a punto de abrir la linterna, cuando mi pulgar se deslizó sobre el cierre de chapa, y el viejo se sentó bruscamente en la cama, gritando:

—¿Quién anda ahí?

Me quedé quieto, y no dije nada. Durante una hora entera, no moví ni un músculo, y en ese lapso no lo oí volver a acostarse. Todavía estaba sentado en la cama, escuchando; igual que había hecho yo, noche tras noche, escuchando los bichos perforadores de madera de las paredes.

Entonces oí un ligero gemido, y supe que era el gemido del terror mortal. No era un gemido de dolor o de aflicción —oh, no!—; era el suave sonido ahogado que brota desde el fondo del alma cuando está estremecida por el espanto. Yo conocía bien ese sonido. Muchas noches, justo a la medianoche, cuando el mundo entero dormía, se elevaba desde mi propio pecho, volviendo más profundos, con su espantoso eco, los terrores que me asolaban. Digo que lo conocía bien. [...] Pero todo era en vano; porque la Muerte, al aproximarse a él, lo había acechado con su negra sombra, y había envuelto a la víctima [...].

Después de haber esperado un largo rato, muy pacientemente, sin ofrirlo recostarse, decidí abrir una pequeña, una muy, muy pequeña ranura en la linterna. Así que la abrí —no pueden imaginarse cuán sigilosamente— hasta que, finalmente, un solo rayo débil, como el hilo de una araña, salió proyectado desde la ranura y cayó sobre el ojo de buitre.

Estaba abierto —abierto de par en par—, y yo me puse furioso al verlo. Lo percibí con perfecta nitidez —de un azul totalmente apagado, con ese horroroso velo que lo cubría, que me heló hasta la médula de los huesos—; pero no pude ver nada más del rostro del viejo ni de su cuerpo: porque había dirigido el rayo como guiado por el instinto, precisamente hacia el condenado punto.

—Y no les he dicho que ustedes toman por locura lo que es una agudeza excesiva de los sentidos? Ahora, digo, llegó a mis oídos un ruido débil, monótono, acelerado, como el que hace un reloj cuando está envuelto en algodón. Yo conocía bien ese ruido, también. Eran los latidos del corazón del viejo. El ruido aumentó mi furia, como el redoble

de un tambor estimula el coraje de un soldado.

Pero aun entonces, me contuve y seguí quieto. Apenas si respiraba. Sostuve la linterna, inmóvil. Traté de mantener el rayo sobre el ojo, todo lo firmemente que pude. Mientras tanto, el endemoniado redoble de su corazón iba aumentando. Se hacía más y más rápido, y más y más fuerte a cada instante. ¡El terror del viejo tiene que haber sido extremo! ¡Se hacía más fuerte, digo, más fuerte a cada momento! ¿Me siguen? Les he dicho que soy nervioso: así soy yo. Y ahora, a altas horas de la noche, en medio del espantoso silencio de esa casa vieja, un ruido tan extraño como ese me infundió un terror incontrolable. Aun así, durante algunos minutos más me contuve y me quedé quieto. ¡Pero el latido se hacía más fuerte, más fuerte! Pensé que el corazón le iba a estallar. Y entonces se apoderó de mí una nueva angustia: ¡algún vecino iba a oír el ruido! ¡Al viejo le había llegado la hora! Dando un fuerte grito, abrí totalmente la linterna y salté adentro de la habitación. Él chilló una vez, solo una vez. En un instante, lo había arrojado al suelo, y había volcado la pesada cama encima de él. Entonces sonréi alegramente, al ver que el hecho ya estaba consumado. Pero, durante varios minutos, el corazón siguió latiendo con un ruido apagado. Eso, sin embargo, no me preocupó; no se lo podía oír a través de las paredes. Finalmente, se detuvo.

#### Edgar Allan Poe (1809-1849)

Fue un narrador, poeta y periodista estadounidense. Se lo considera un maestro de la narrativa de terror. Entre sus cuentos más famosos se pueden mencionar: "El gato negro", "El pozo y el péndulo", "La caída de la casa Usher". De su genial imaginación nació el detective Auguste Dupin, protagonista de relatos que inauguraron la narrativa policial en lengua inglesa.



#### A ..... GLOSARIO ..... Z

**embotado:** atontado, entorpecido.

**buitre:** ave que se alimenta de carne muerta.

**cautela:** cuidado.

**linterna sorda:** linterna usada en el siglo XIX, básicamente un farol de lata con una puertita

para dejar salir la cantidad de luz deseada y permitir ver sin ser visto.

**mal de ojo:** creencia popular acerca de la influencia maléfica que puede ejercer una persona sobre otra mirándola de cierta manera.

El viejo estaba muerto. Levanté la cama y examiné el cadáver. Sí, estaba muerto, totalmente muerto. Puse mi mano sobre su corazón y la dejé allí varios minutos. No había pulso. Estaba totalmente muerto. Su ojo no iba a volver a molestarme.

Si todavía piensan que estoy loco, ya no lo pensarán más cuando les describa las sensatas precauciones que tomé para ocultar el cuerpo. La noche se acercaba a su fin, y yo trabajé a toda prisa, pero en silencio. Lo primero que hice fue descuartizar el cadáver. Le corté la cabeza y los brazos y las piernas.

Luego levanté tres listones\* del piso de la habitación, y deposité todo entre las maderas. Después volví a colocar los listones tan hábilmente, con tanta astucia, que ningún ojo humano -ni siquiera el de él- podría haber detectado nada fuera de lugar. No había nada que lavar, ninguna mancha de ninguna clase, ningún resto de sangre, nada de nada. Yo había sido demasiado precavido para eso. ¡Ya había ido todo a parar a una cuba\*! ¡ja, ja!

Cuando hube terminado con estas labores, eran las cuatro en punto; todavía estaba tan oscuro como a medianoche. En el momento en que el reloj dio la hora, sonaron unos golpes en la puerta de calle. Bajé a abrir alegremente, porque, ¿qué tenía que temer? Entraron tres hombres, que se presentaron, muy civilizadamente, como oficiales de policía. Durante la noche, un vecino había oído un alarido; había surgido la sospecha de algún delito; alguien había ido a informar a la comisaría, y a ellos (los oficiales) les habían encomendado que registraran la vivienda.

Sonréí, porque, ¿qué tenía que temer? Les di la bienvenida a los caballeros. El alarido, dije, lo había dado yo en un sueño. El viejo, señalé, no estaba, estaba en el campo. Llevé a mis visitantes por toda la casa. Les pedí que registraran, que registraran todo bien. Los conduje, finalmente, hasta la habitación del viejo. Les mostré sus caudales\*, que estaban en su lugar, intactos. En el entusiasmo que me provocaba mi confianza, traje sillas a la habitación, y les expresé mi deseo de que descansaran de sus fatigas, mientras que yo mismo, en la frenética audacia de mi perfecto triunfo, puse mi propio asiento encima del mismísimo lugar bajo el cual reposaba el cadáver de la víctima.

Los oficiales se sentían satisfechos. Mis modales los habían convencido. Yo me sentía particularmente cómodo. Se sentaron, y mientras yo les respondía alegremente, ellos conversaban sobre cosas triviales\*. Pero antes de que pasara mucho rato, sentí que me estaba poniendo pálido y deseé que se marcharan. Me dolía la cabeza, y creía percibir un

zumbido en los oídos: pero ellos siguieron sentados y siguieron charlando. El zumbido se fue haciendo más nítido... Seguía, y se hacía cada vez más claro: yo hablaba más resueltamente para librarme de la sensación; pero el ruido seguía e iba ganando firmeza... hasta que al final, descubrí que no venía de adentro de mis oídos.

Sin duda, entonces me puse muy pálido; pero hablaba con mayor fluidez, y en voz más alta. Aun así, el ruido aumentaba; ¿y yo qué podía hacer? Era un ruido débil, monótono, acelerado, muy parecido al ruido que hace un reloj cuando está envuelto en algodón. Me quedé sin aliento; y aun así, los oficiales no lo oían. Hablé más rápido, con mayor vehemencia; pero el ruido aumentaba sin cesar. Me levanté y hablé de nimiedades\*, en un tono agudo y con gesticulaciones violentas; pero el ruido aumentaba sin parar. ¿Por qué no se habrían ido? Me paseé por el cuarto de aquí para allá, dando grandes zancadas, como si las observaciones de los hombres estuvieran excitando mi furia; pero el ruido aumentaba. ¡Oh, Dios! ¿Qué podía hacer? Echaba espuma por la boca, insultaba, perjuraba! Moví la silla en la que había estado sentado, raspando con ella los listones, pero el ruido era más fuerte que todos los demás y aumentaba continuamente. Se hizo más fuerte, más fuerte, ¡más fuerte! Y aun así los hombres conversaban plácidamente, y sonreían. ¿Era posible que no oyeron? ¡Dios todopoderoso! ¡No, no! ¡Oían! ¡Sospechaban! ¡Sabían! ¡Se burlaban de mi horror! Eso fue lo que pensé, y eso es lo que pienso. Pero, ¡cuálquier cosa era mejor que esa tortura! ¡Cualquier cosa era más tolerable que ese escarnio\*! ¡No podía seguir soportando esas sonrisas hipócritas\*! ¡Sentía que tenía que gritar o morir! Y ahora, ¡otra vez! ¡Escuchen! ¡Más fuerte, más fuerte, más fuerte!

—¡Miserables! —chillé—, ¡no finjan más! ¡Confieso los hechos! ¡Arranquen esos listones! ¡Aquí, aquí! ¡Son los latidos de su espantoso corazón!

Traducción de Pablo Usabiaga.  
Edgar Allan Poe, *El gato negro y otros cuentos*.  
Buenos Aires: La estación, 2010.

## A.....GLOSARIO.....Z

**listón:** tabla de madera. En las casas antiguas, el piso se armaba sobre un armazón a unos 30 cm del suelo, por eso cuando se camina suena hueco.  
**cuba:** balde.  
**caudal:** se refiere al

dinero o las riquezas.  
**trivial:** sin importancia, superficial.  
**nimiedad:** una pequeñez, detalle sin importancia.  
**escarnio:** insulto u ofensa.  
**hipócrita:** falso o falsa.

## Último piso

El hombre cansado sube al ascensor. Es una vieja jaula de hierro. El ascensorista viste un uniforme rojo. Aunque lo ha cuidado tanto como ha podido, se notan los temblores, la tela gastada, el brillo perdido de los botones.

—*Último piso*—indica el pasajero. El ascensorista se había adelantado y ya había hecho arrancar el ascensor.

—¿Cómo andan las cosas allá afuera? ¿Llueve?

—pregunta el ascensorista.

El pasajero mira su impermeable, como si ya no le perteneciera del todo.

—Sí, llovió en algún momento del día.

—Extraño la lluvia.

—¿Hace mucho tiempo que trabaja aquí?

—Desde siempre.

—¿No es un trabajo aburrido?

—No tanto. Hablo con los pasajeros. Me cuentan sus vidas. Es como si viviera un poco yo también.

—El viaje es corto. No hay tiempo para hablar mucho.

—Con una frase, o una palabra, a veces basta. Otros se quedan callados, y también eso es suficiente para mí.

Los dos hombres guardan silencio por algunos segundos. Apenas se oye el zumbido.

—Déjeme un recuerdo, si no es una impertinencia.

El hombre busca en los bolsillos. Encuentra un reloj al que se le ha roto la correa de cuero.



—Gracias. Lo conservaré, aunque no miro nunca la hora.

El pasajero siente alivio por haberse sacado el reloj de encima.

—Estamos por llegar —dice el ascensorista—. Ah, le aviso, el timbre no funciona, verá una puerta grande, de bronce. Colpee hasta que le abran.

El pasajero se aleja de la puerta de reja del ascensor. Ahora no parece tan convencido de querer bajar. El ascensorista reconoce, por el ruido de la máquina, que se acercan al último piso. Se despide:

—No se desanime si tiene que esperar. Siempre terminan por abrir.

© Pablo De Santis c/o Guillermo Schavelzon & Asociados.  
Agencia Literaria www.schavelzon.com



### **MARCO DENEVİ**

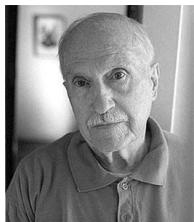
(Sáenz Peña, 1922 - Buenos Aires, 1998) Novelista y dramaturgo argentino que alcanzó reconocimiento internacional con obras como *Rosaura a las diez* (1955) y *Ceremonia secreta* (1960), relatos a la vez realistas y metafísicos. Nacido en un pueblo de la provincia de Buenos Aires, desde pequeño sintió una fuerte vocación por la música; hijo de un inmigrante que supo transmitirle la voluntad de trabajo, su padre también lo inició en las obras de Robert Louis Stevenson, Alejandro Dumas y Benito Pérez Galdós. Se graduó como abogado y trabajó en el área legal de un organismo público.

Su primera novela, *Rosaura a las diez*, obtuvo el Premio Kraft en 1955. En ella Marco Denevi retrató personajes sórdidos, como el protagonista, Camilo Canegato, y describió el fracaso con sutileza y eficacia. Se trata de una trama policiaca en la que cada protagonista narra la misma historia desde su punto de vista, y que fue llevada al cine por Mario Soffici.

En *Ceremonia secreta* (1960), su segunda novela, Marco Denevi construye un ámbito asfixiante para abordar los conflictos de identidad. Premiada por la revista *Life* en español, fue traducida a varios idiomas y llevada al cine por Joseph Losey. En 1962 recibió el premio Argentores.

Sus obras de teatro dieron primacía al análisis psicológico de los personajes. Como dramaturgo escribió *Los expedientes* (1957, Premio Nacional de Teatro), *El emperador de la China* (1959), *El cuarto de la noche* (1962) y *Cuando el perro del ángel no ladra*, pero luego abandonó el género. Se incorporó a la Academia Argentina de las Letras y a partir de 1980 practicó el periodismo político desde las páginas del diario *La Nación*.

Otras títulos suyos son *Falsificaciones* (1966), *Un pequeño café* (1967), *Manual de historia* (1985), *Enciclopedia secreta de una familia argentina* (1986), *Hierba del cielo y Música de amor perdido* (ambas de 1991), *El jardín de las delicias* (1992) y *El amor es un pájaro rebelde* (1993). Escribió guiones de cine y televisión, pero se sentía particularmente satisfecho del periodismo. En 1980 se publicaron sus *Obras Completas*.



### **ENRIQUE ANDERSON IMBERT**

(Córdoba, 1910 - Buenos Aires, 2000) Narrador y crítico literario argentino, autor de un ensayo fundamental, *Historia de la literatura hispanoamericana* (1954), y de cuentos breves reunidos en diversas antologías.

Anderson Imbert estudió Filosofía y Letras en la Universidad Nacional de Buenos Aires y fue discípulo de Amado Alonso y Pedro Henríquez Ureña. Inició tempranamente su labor narrativa con *Vigilia* (1934), que sería reeditada con su novela *Fuga* en 1963. Ejerció la docencia en las universidades estadounidenses de Harvard y Michigan, como profesor de literatura hispanoamericana, y destacó por sus ensayos y críticas.

En 1967 ingresó en la Academia Americana de Artes y Ciencias y en 1978 fue nombrado miembro de la Academia Argentina de las Letras, de la que ejerció la vicepresidencia entre 1980 y 1986. En 1994 fue finalista del premio Cervantes. Sus cuentos se sitúan en una zona entre lo fantástico y el realismo mágico: *El gato de Cheshire* (1965), *La locura juega al ajedrez* (1971) y *La botella de Klein* (1975). Recopiló sus ficciones en *El mentir de las estrellas* (1979).

En sus estudios literarios, Anderson Imbert se ocupó tanto de cuestiones teóricas como del análisis de tendencias y autores, como la obra de Domingo Faustino Sarmiento, el modernismo de Rubén Darío o el llamado «realismo mágico» desarrollado en la narrativa hispanoamericana de los años 60 (los *Cien años de soledad* de García Márquez, los cuentos de Julio Cortázar). Entre su producción ensayística cabe citar *Tres novelas de Payró con pícaros en tres*

miras (1942), *La crítica literaria contemporánea* (1957), *Crítica interna* (1960), *La originalidad de Rubén Darío* (1968), *El realismo mágico y otros ensayos* (1976) y *El arte del cuento* (1978).

### LA MUERTE Enrique Anderson Imbert

La automobilista (negro el vestido, negro el pelo, negros los ojos pero con la cara tan pálida que a pesar del mediodía parecía que en su tez se hubiese detenido un relámpago) la automobilista vio en el camino a una muchacha que hacía señas para que parara. Paró.

-¿Me llevas? Hasta el pueblo no más -dijo la muchacha.

-Sube -dijo la automobilista. Y el auto arrancó a toda velocidad por el camino que bordeaba la nontañía.

-Muchas gracias -dijo la muchacha con un gracioso mohín- pero ¿no tienes miedo de levantar por el camino a personas desconocidas? Podrían hacerte daño. ¡Esto está tan desierto!

No, no tengo miedo.

-¿Y si levantas a alguien que te atraca?

No tengo miedo.

-¿Y si te matan?

No tengo miedo.

-No? Permíteme presentarme -dijo entonces la muchacha, que tenía los ojos grandes, límpidos, imaginativos y enseguida, conteniendo la risa, fingió una voz cavernosa-. Soy la Muerte, la M-u-e-r-t-

La automobilista sonrió misteriosamente.

En la próxima curva el auto se desbarrancó. La muchacha quedó muerta entre las piedras. La automobilista siguió a pie y al llegar a un cactus desapareció.

### TWICE-TOLD TALE (Cuentos Contados dos veces) Enrique Anderson Imbert

Perseguido por la banda de terroristas Malcolm corrió y corrió por las calles de esa ciudad extraña. Eran casi las doce de la noche. Ya sin aliento se metió en una casa abandonada. Cuando sus ojos se acostumbraron a la oscuridad vio, en un rincón, a un muchacho todo asustado.

-¿A usted también lo persiguen?

-Sí -dijo el muchacho.

-Venga. Están cerca. Vamos a escondernos. En esta maldita casa tiene que haber un desván... Venga.

Ambos avanzaron, subieron unas escaleras y entraron en un altillo.

-Espeluznante, ¿no? -murmuró el muchacho, y con un pie empujó la puerta. El cerrojo, al cerrarse sonó con un clic exacto, limpio y vibrante.

-¡Ay, no debió cerrarla! Ábrala otra vez. ¿Cómo vamos a oírlos, si vienen?

El muchacho no se movió.

Malcolm, entonces, quiso abrir la puerta, pero no tenía picaporte.

El cierre, por dentro, era hermético.

-¡Dios mío! Nos hemos quedado encerrados.

-¿Nos? -dijo el muchacho-. Los dos, no; solamente uno.

Y Malcolm vio cómo el muchacho atravesaba la pared y desaparecía.

## LA HORMIGA. Marco Denevi

Un día las hormigas, pueblo progresista, inventan el vegetal artificial. Es una papilla fría y con sabor a hojalata. Pero al menos las releva de la necesidad de salir fuera de los hormigueros en procura de vegetales naturales. Así se salvan del fuego, del veneno, de las nubes insecticidas. Como el número de las hormigas es una cifra que tiende constantemente a crecer, al cabo de un tiempo hay tantas hormigas bajo tierra que es preciso ampliar los hormigueros. Las galerías se expanden, se entrecruzan, terminan por confundirse en un solo Gran Hormiguero bajo la dirección de una sola Gran Hormiga. Por las dudas, las salidas al exterior son tapiadas a cal y canto. Se suceden las generaciones. Como nunca han franqueado los límites del Gran Hormiguero, incurren en el error de lógica de identificarlo con el Gran Universo. Pero cierta vez una hormiga se extravía por unos corredores en ruinas, distingue una luz lejana, unos destellos, se aproxima y descubre una boca de salida cuya clausura se ha desmoronado. Con el corazón palpitante, la hormiga sale a la superficie de la tierra. Ve una mañana. Ve un jardín. Ve tallos, hojas, yemas, brotes, pétalos, estambres, rocío. Ve una rosa amarilla. Todos sus instintos despiertan bruscamente. Se abalanza sobre las plantas y empieza a talar, a cortar y a comer. Se da un atracón. Después, relamiéndose, decide volver al Gran Hormiguero con la noticia. Busca a sus hermanas, trata de explicarles lo que ha visto, grita: "Arriba... luz... jardín... hojas... verde... flores..." Las demás hormigas no comprenden una sola palabra de aquel lenguaje delirante, creen que la hormiga ha enloquecido y la matan.

Marco Denevi

La señora Smithson, de Londres (estas historias siempre ocurren entre ingleses) resolvió matar a su marido, no por nada sino porque estaba harta de él después de cincuenta años de matrimonio. Se lo dijo:

- Thaddeus, voy a matarte.
- Bromeas, Euphemia -se rió el infeliz.
- ¿Cuándo he bromeado yo?
- Nunca, es verdad.
- ¿Por qué habría de bromear ahora y justamente en un asunto tan serio?
- ¿Y cómo me matarás? - siguió riendo Thaddeus Smithson.

- Todavía no lo sé. Quizá poniéndote todos los días una pequeña dosis de arsénico en la comida. Quizás aflojando una pieza en el motor del automóvil. O te haré rodar por la escalera, aprovecharé cuando estés dormido para aplastarte el cráneo con un candelabro de plata, conectaré a la bañera un cable de electricidad. Ya veremos.

El señor Smithson comprendió que su mujer no bromeaba. Perdió el sueño y el apetito. Enfermó del corazón, del sistema nervioso y de la cabeza. Seis meses después falleció. Euphemia Smithson, que era una mujer piadosa, le agradeció a Dios haberla librado de ser una asesina.

## Cuento Policial - Marco Denevi

Rumbo a la tienda donde trabajaba como vendedor, un Joven pasaba todos los días por delante de una casa en cuyo balcón una mujer bellísima leía un libro. La mujer jamás le dedicó una mirada. Clerta vez el Joven oyó en la tienda a dos clientes que hablaban de aquella mujer. Decían que vivía sola, que era muy rica y que guardaba grandes sumas de dinero en su casa, aparte de las Joyas y de la platería. Una noche el Joven, armado de ganzúa y de una linterna sorda, se introdujo silenciosamente en la casa de la mujer. La mujer despertó, empezó a gritar y el Joven se vio en la penosa necesidad de matarla. Huyó sin haber podido robar ni un alfiler, pero con el consuelo de que la policía no descubriría al autor del crimen. A la mañana siguiente, al entrar en la tienda, la policía lo detuvo. Azorado por la increíble sagacidad policial, confesó todo. Después se enteraría de que la mujer llevaba un diario íntimo en el que había escrito que el Joven vendedor de la tienda de la esquina, buen mozo y de ojos verdes, era su amante y que esa noche la visitaría,

### Risas en la fuente

En un hotel de la costa, una mujer salió corriendo de la oficina del gerente para tomar un largo trago de agua en la fuente de la recepción. Unos pocos minutos después volvió a salir para tomar otro trago. Esta vez un hombre la siguió.

Detrás de la fuente había un espejo. Cuando la mujer levantó la cabeza vio al hombre que, detrás de ella, levantaba la mano empuñando un cuchillo. La mujer gritó.

El hombre bajó el cuchillo, y luego ambos se rieron. *¿Qué estaba pasando?*

### Accidente en la carretera

El señor Fernández conducía por la carretera con su hijo sentado en el asiento delantero. El camino estaba helado. Al girar en una curva, el coche resbaló y chocó contra un poste telefónico. El señor Fernández resultó ileso, pero al niño se le quebraron varias costillas.

Una ambulancia lo trasladó al hospital más cercano. Entró en camilla a la sala de operaciones. Cuando todo estuvo listo, quien iba a operarlo lo miró y dijo: "No puedo operarlo es mi hijo" *¿Cómo puede ser?*

### Asesinato en las pistas de esquí

Un abogado de La Rioja y su esposa fueron a pasar las vacaciones a Suiza. Mientras esquiaban en los Alpes, la mujer cayó por un precipicio y murió. De vuelta en La Rioja, un empleado de la línea aérea leyó la noticia acerca del accidente e inmediatamente llamó a la policía. El abogado fue arrestado y enjuiciado por asesinato.

El empleado no conocía al abogado ni a su mujer. Nada que hubiese visto oido le hizo entrar en sospechas hasta que leyó en el diario el suceso. *¿Por qué llamó a la policía?*

## LA PIEZA DEL ROMPECABEZAS

Cuando se sentó junto a la mesa, en la sala principal, el detective Stanford ya había inspeccionado la habitación del anciano. El cuerpo inmóvil asomaba a un lado de la cama; la sangre ya seca había tenido la manta oscura y parte del suelo. Por lo demás, no había indicios que hicieran sospechar un robo, pues todo aparentaba estar en su sitio. Tampoco había rastro alguno del arma homicida.

Nervioso ante las circunstancias que parecían involucrarlo, Raymond, sobrino del anciano y único heredero, se sentó frente al investigador. Con un ligero tartamudeo, respondió a las preguntas de rutina, al tiempo que giraba una pieza de rompecabezas entre sus dedos largos para calmarse.

Aseguraba haber permanecido gran parte de la noche sentado en la sala, entretenido en el armado de un rompecabezas que, todavía a mediodía terminar, ocupaba el centro de la mesa. Aclaró que su tío había perferido no acompañarlo en el juego. Se había acostado temprano, poco después de cenar, y había cerrado la puerta de su cuarto.

—Seguramente por eso no oí nada —agregó, disculpándose, pero el investigador no le prestaba atención. Estaba concentrado en una pieza que había tomado de un pequeño montón e intentaba colocarla para continuar con el armado de la figura.

De nuevo en silencio, Raymond volvía a entretenerse con la pieza que, ahora, hacía tambalear entre los dedos hasta dejarla caer sobre la mesa y, con rapidez, volvía a recogerla. El investigador apenas se detuvo en ese gesto. Una mansión de estilo oriental había comenzado a dibujarse en el centro del rompecabezas y la forma se completaba con agilidad a medida que Stanford lograba ubicar más piezas.

Pronto ese entusiasmo se contagió a Raymond. El sudor dejó de re-correr su frente y las palabras ya no se repetían cuando hablaba. Se lo veía más tranquilo, como si el juego compartido lo hubiera alejado de las sospechas de las tensiones, como si se hubiera relajado.

Para completar la figura de la puerta de la mansión que se adivinaba, Raymond dejó la pieza con la que había juguetado desde hacía tanto sobre la mesa. Con velocidad, tomó otras dos y las ubicó, satisfecho por el encastre perfecto. Detrás de la casa, un dragón rojo se delineaba incompleto aún. Stanford fue el primero en advertirlo.

A esa altura del juego, las preguntas se habían suspendido y el intercambio entre ellos se reducía a miradas cómplices que festejaban las jugadas convenientes. En efecto, si hubieran tenido que decidir un ganador, Raymond contaba con amplia ventaja cuando el investigador tomó la pieza olvidada. La ventaja crecía mientras Stanford quien ahora giraba la pieza una y otra vez sin lograr colocarla.

La figura del rompecabezas estaba a punto de completarse, cuando por fin habló:

—Tendremos que suspender el juego —anunció Stanford, con calma, y dejó la pieza del rompecabezas en el centro de la mesa, entre ambos. Raymond lo observaba sin comprender. El entusiasmo se había desvanecido y el sudor regresaba.

—Creo que el color rojo del dragón es ligeramente más claro que el puede observarse aquí —afirmó Stanford apenas rozando el borde, pero con aire de sabiduría.

El silencio se apoderó de Raymond: la huella de sangre marcada en la pieza lo había delatado.

### LA BOMBA

A mi mujer no la soportaba más. Llevábamos veinte años de casados. Había terminado por resultarme insopportable. En cambio Cristina, a pesar de conocernos desde hacía cinco años, era otra cosa. Siempre dispuesta, Siempre amante. Nunca cansada. Junto a ella me reencontraba con el amor.

—¿Quién es? ¿Sos vos, Jorge?

—Sí, soy yo.

Su preocupación por la casa y los hijos la habían venido transformando un poco en madre de todos. A la vez, había engordado desproporcionadamente y abandonado su coquetería.

—¿Estás cansado, viejo?

—Ni tan cansado, ni tan viejo. ¿No te parece?

—No creas, sin embargo te están apareciendo algunas canitas que te venden. ¿Por qué no te las tenías?

—Alguien dice que me hacen más interesante.

Ella parecía no darse cuenta. Tenía yo ciertos días en que no habría querido retornar a mi hogar. Abandonar todo y desaparecer. La intimidad con ella me resultaba insufrible.

La idea me estaba revolviendo la cabeza. La pensé sin consulta. Empecé a realizarla. Nadie tenía que saber nada. El secreto, al ser de dos, ya dejó de serlo.

Formalicé un abultado seguro a nombre de mi amante. Necesitaba dejar pasar un tiempo bastante prudencial, porque las aseguradoras no son tontas. Cuando se cumplieran los dos años era ya un tiempo bastante prudencial como para no despertar sospechas.

Tenía también al hombre que me iba a servir para la operación que había planeado. Mientras tanto, seguía haciendo mi doble vida, que la bondad de mi esposa me permitía.

—Cristina —le dije— se cumplirán dentro de un mes los cinco años de nuestro amor. He venido desde hace tiempo gestando una idea que necesita contar con tu aprobación para realizarla. Debes escucharme atentamente. No te pido que me contestes ahora, si te parece, pero requiere de ambos la mayor compenetración y secreto.

—A ver ¿de qué se trata? —me dijo sorprendida.

—No soporto más la doble vida que venimos haciendo. Quiero que vivamos el uno para el otro. El divorcio no me parece suficiente libertad. Quiero morirme para vivir con vos sin amarras de ninguna clase.

—¿Qué decís? ¿Estás loco?

—No estoy loco, ya lo verás. Se trata de lo siguiente: he tomado un seguro de vida, nombrándote beneficiaria. Su importancia nos asegurará la tranquilidad económica para el resto de nuestros días. Pero si me muero de verdad, no podríamos disfrutarlo.

—No te entiendo...

—Claro. ¿Conoces a Dalmiro? Ese pájaro que anda con documentos falsos para no ser descubierto por Interpol. Es un eslabón suelto en el encadenamiento del mundo. Si él muriera, nadie reclamaría por él. No está agarrado a nada ni a nadie. Tengo en mi poder documentos falsos que a mi muerte me darán otra identidad con la que viviré a tu lado.

—Sabés que no termino de entender?

—Bueno, prosigo. Cuando yo muera en un accidente de avión, tu estarás en condiciones de cobrar mi seguro, luego de lo cual, vendrás a mí encuentro muy lejos de aquí, donde podremos vivir para siempre juntos. Sigue sin entender. No importa. Dos días antes de que esto ocurra, tú lo sabrás. Es preferible, que por ahora, no sepas más del asunto por cualquier cosa. ¿Querrías vivir conmigo lejos de aquí, en una playa donde nadie nos conozca?

—La idea me resulta divina. Pero se me hace tan irreal. Yo te dejo hacer a vos. Entiendo que estaré en tus cálculos evitarme cualquier vinculación con algo enojoso.

—Bien lo sabes que no. Ahora hablemos de otra cosa.

La operación se iba cumpliendo estratégicamente. Saqué pasaje para Chile. La entrega de Dalmiro hacia mí era sin barreras. Mi ayuda le había permitido vivir libre de persecuciones.

—Dalmiro —le dije— yo necesito llevar a Chile una mercadería que me están reclamando hace tiempo. No puedo mandarla por encomienda. Usted la llevará. Viajará con mis documentos, como si fuera yo, eso ya lo tengo arreglado. En vez de viajar hasta Chile, usted se aparecerá en Mendoza, se hospedará en el hotel Claridge y un emisario se le apersonará en demanda de esa mercadería que usted le entregará. Responderá al nombre de Casimiro. Todo esto se hace para evitar la barrera aduanera, de lo que se encargará esa gente. Luego, puede permanecer unos días en Mendoza y regresar. ¡Accepta mi proposición! Por supuesto que será bien gratificada.

—Señor, lo que me pide, después de cuánto te he tenido que padecer y hacer en mi vida, es una simpleza. Claro que lo haré. Agradezco su confianza otra vez más.

Hice saber a mi familia que tenía que viajar. Así que me despedí de ellos en casa, convenciéndolos de que no me acompañaran al aeródromo.

A Cristina la preparé con la debida antelación, también sobre lo de mi supuesto viaje. Le hice entrega de la póliza del seguro y cómo tenía que cobrarlo. Le suministré la dirección donde debíamos encontrarnos cuando tuviera el dinero; yo la estaría esperando.

Con Dalmiro me reuní en la estación aérea. Le hice entrega de la encomienda que debió despachar por bodega por su embalaje. El avión partió a la hora indicada y yo pude disimular mi desaparición ayudado por la hora nocturna y porque me fui del país con nombre falso.

Lo previsto se cumplió de acuerdo a mis cálculos, inexorablemente. El avión en pleno vuelo estalló. Tal era la naturaleza de la bomba que transportara Dalmiro dentro de su encomienda.

En la lista de pasajeros figuraba yo. Había muerto entonces con todo el pasaje. Un voraz incendio hizo del avión un estrago sin posibilidades de identificar a nadie. Si fue obra de un sabotaje u otro hecho criminal inconfesable nadie lo pudo establecer. Lo cierto es que mi plan se cumplió a la perfección y cronológicamente.

Los diarios me fueron proporcionando las pautas con sus mensajes. Adiós a mi familia. ¡Viva la libertad! ¡Viva Cristina!

Mientras aflojaba mi cinturón de seguridad y desplazaba el respaldo de mi asiento, degustaba en mente los años de felicidad que me aguardaban en esa isla de ensueño que había programado con mi encantadora mujer.

El tiempo sigue pasando. Cristina nunca apareció por estas playas. Mi correspondencia dirigida a ella jamás tuvo respuesta. ¡Dónde habría de encontrarla! Eso no había entrado en mis cálculos. Ni lo de verme abriendo las puertas de los coches en un hotel de segunda categoría...

**Evaristo Manuel Urricelqui**  
(Editorial Huemul)

Lájusticia de Don Frutos.  
V. Arzásola Gómez.

El administrador de la estancia The Green Land<sup>1</sup>, más conocida en Capihara-Cué por *L'estancia é loj Inglés*, se golpeó con la fusta la brillante cada de charol de la bota de su pierna Izquierda y dijo:

—El caso es muy delicado, don Frutos... Desde hace algún tiempo vienen desapareciendo cosas del poder de nuestros huéspedes.

—¿Qué cosas, por ejemplo?

—Una cigarrera de oro de la señora López Arango, un anillo con un topacio de la señora Schinck, la cartera con \$200 al señor Da Souza Y, ayer, un prendedor de la señorita Morgan. Al principio pensé que serían pérdidas o extravíos, pero la repetición de los mismos es sospechosa.

—¿Por qué no denunció al principio? —deslizó el oficial Arzásola.

—Nuestros huéspedes son todas personas de dinero y no quieren escándalo.

—¿Podría ser alguno de la servidumbre? —prosiguió el sumariante.

—Así lo creíamos al comienzo, pero los criados son de toda confianza y hace años vienen desempeñando las mismas funciones, sin que nunca ocurriera nada. Por otra parte, registramos sus ropas y pertenencias sin hallar los objetos perdidos.

—¿Y cómo pa jue lo é ayer? —preguntó el comisario.

—La señorita Morgan dice que, cuando despidió a la mucama, a las 10 de la noche, todavía tenía el broche. Después estuvo jugando al bridge con las otras damas y que, luego, al ir a su dormitorio, lo dejó sobre el "toilette"<sup>2</sup> que, para darse príncipamente una ducha, porque la noche era calurosa. Cuando salió del baño fue a la cama, directamente, y esta mañana, al despertarse, recordó que no había guardado la joya y al intentar hacerlo ya no la encontró.

—¿La mucama pudo haber vuelto?

—No, señor. La servidumbre se retira a las 10 de la noche y está alojada en otra sección completamente separada.

<sup>1</sup> The Green Land: la tierra verde. En inglés en el original.  
<sup>2</sup> Toilette: Neologismo por "baúl".

Los huéspedes viven en un ala del chalet, con una sola puerta de acceso cuya llave está siempre en mi poder.

—Tontes, pa mi ver, tiene que ser algún gúespe nomá —sentenció don Frutos.

—Es absurdo señor comisario —protestó el administrador—. Todos son gente de alcurnia e intachables antecedentes...

—Pu acá solemos decir: Tuitos somos ouraos, pero el poncho no aparece.

—¿Y qué deseá de nosotros? —interrumpió el oficial, viendo al visitante un poco molesto por la crudeza de las sugerencias de su superior.

—Me gustaría que uno de ustedes fuese a la estancia como invitado y tratase de aclarar el asunto, pero sin hacer

preguntas enojosas y con mucho tacto ya que son gente de sociedad y muy puntillosa.

—¿Loj hombre tamén? —preguntó don Frutos.

—Los hombres más, todavía.

—Chá digo, yo creí que sólo las mujeres tenían puntillas.

—No, quiere decir que se enojan fácilmente —aclamó Arzásola.

—Güeno —accedió don Frutos—, esta tarde lo via mandar al ofistal que sabe andar entre esa clase e personas y comer con tutto ese cubierterío que le ponen. Yo apenas si sé usar el cuchillo, la cuchara, y el tenedor y hasta me bastan los dedos y el cuchillo cuando es asao...

Desde que los visitantes de la estancia eran completamente ajenos a la zona convinieron en presentar a Arzásola como al hijo de un estanciero de las vecindades y fijaron la hora en que iría, por la tarde, tras lo cual el administrador se retiró.

Luego, el comisario dijo al cabo Leiva:

—Agarrá 'máuser' y te cruzás pa'l isla. Vas y matás un yacaré a loj grandote y...

—Ta güeno, mi comesario —dijo el aludido y salió a cumplir su diligencia.

—Vó Ojeda.—mandó al agente— tomá esto \$50 y dédale 1 almacenero que te la cambie<sup>1</sup> por plata paraguaya que abulta mucho.

Enseguida, dirigiéndose a su ayudante, dijo:

—En cuanto a vo mijo, escucháme bien...

Le dio una serie de instrucciones y finalizó:

—Tonse, te acercás a la ventana y hasé una señal con la linterna que yo vua dir.

Mister Henry Williams, uno de los dueños de la estancia fue el encargado de introducir al oficial en el circuito selecto de sus amistades.

—El señor Luis Arzássola.

La señora Schinck, alta, flaca y seca, apenas si movió la cabeza en un esbozo de saludo. En cambio sus dos sobrinas, las señoritas Isabelle Morgan y Elsie Best le sonrieron complacidas.

—¿Juega al tenis, señor Arzássola? —preguntó la primera.

—Un poco.

—Muy bien, si quiere, mañana podemos practicar.

—Complacido.

La marquesa de Encinares lo miró a través de sus imponentes con aros de oro y preguntó:

—¿Emparentado seguramente con los condes de Arzássola y Mendaña de San Sebastián?

—No, señora. Mi familia, que yo sepa, ha sido siempre de la clase media.

Y así fue conociendo al esposo de la marquesa, un hombre obeso y calvo, dueño de una hilandería, al señor López Arango y señora y a varios otros invitados.

Una joven llamada Arlette Dubois, novia del hijo de Mr. Williams, le preguntó:

—¿Ha leído usted a Mallarmé, señor Arzássola?

—Sí, señorita, y también a Apollinaire, aunque prefiero a los poetas ingleses, Shelley, por ejemplo.

—Igual que yo —intervino Elsie Best, y enseguida, prosiguieron hablando de literatura.

Cumpliendo las instrucciones de don Frutos sacaba a cada instante su abultada cartera y repartía tarjetas como si fuera un provincial ostentoso. Antes de la cena, dijo como al descuido a la señorita Morgan, pero con voz suficientemente audible para todos:

—Bueno, voy a dejar esta pequeña maleta en mi pieza. No acostumbro andar con tanta plata encima, pero, como vine a vender una tropa de novillos...

—Yo que usted, señor Arzássola... —empezó la señorita Morgan.

Pero una fría mirada de la señora Schinck la detuvo.

—¿Qué iba a decir, señorita?

—Nada, era algo sin importancia.

—Con su permiso, entonces.

Fue a su habitación, se colocó unos guantes y cambió los billetes de la cartera por otros que le había dado don Frutos y estaban en una caja. Distribuyó los suyos en los bolsillos y dejando la cartera sobre la mesa de luz, salió cerrando solamente la puerta con tela metálica que impedía la entrada de insectos detrás de la cual se veían perfectamente los objetos de la pieza.

Luego fue a reunirse con los demás, bebió unos copetines, bailó con las jóvenes y durante la cena conversó animadamente con sus compañeros ocasionales. Terminada ésta, pasaron al salón a fumar a contar anécdotas y tomar café, mientras las damas se retiraban, por un momento, a sus acomodamientos, para volver al rato al comedor ya arreglado

<sup>1</sup> Chá digo: expresión criolla que el paisano utiliza en diversas ocasiones para expresar asombro, disgusto, molestia, etcétera.

<sup>2</sup> Manser: fusil de repetición.

<sup>3</sup> Cambio: por "cambiar".

para las partidas de naipes, ajedrez, damas o dominó según sus preferencias.

Arzásola también fue a su cuarto, vio que de la mesita de luz había desaparecido la cartera, pero no se afligió. Se acercó a la ventana y encendió y apagó tres veces la luz de una linternita que guardaba entre sus ropas, luego de lo cual se fue a integrar una partida de póker.

A las 10 de la noche se retiraron los sirvientes y sólo quedaron los invitados, el bufetero y el administrador.

Después de un rato se oyeron unos golpes a la puerta.

—¿Quién podrá ser a estas horas? —dijo mister Williams.

—Alguna mucama que se olvidó de hacer algún encargo —sugirió la señora de Schinck.

Pero todos callaron cuando vieron al administrador avanzar seguido por la torpe figura de don Frutos.

—Güiemas noches, señor Guilliams —dijo a modo de intrito—, pasaba por estas cercanías y quise denterar a saludar a sus convidados...

—El señor es don Frutos Gómez —explicó el dueño—, comisario de Capibara-Cué.

—Antonio López Arango —dijo el más próximo y le tendió la mano.

Don Frutos se la estrechó y luego hizo el gesto característico en él de mesarse la barba.

—Mi señora —volvió a agregar el primero.

Entonces, haciendo una reverencia, al estilo palaciego, el comisario se inclinó sobre la mano como si fuera a besársela, pero sin llegar a ella.

—¡Qué versallesco —dijo la impetuosa señora Morgan—. Presentemelo.



El oficial así lo hizo y don Frutos repitió el gesto. Los invitados se esforzaban por reprimir una sonrisa, pero don Frutos prosiguió saludando a todos en idéntica forma.

Luego dijo:

—Aura, don Guilliams, quisiera haular con usted, y láministrador siempre que los demás me dean su licencia.

—Concedido —dijo la alegre Isabelle Morgan e imitó burlescamente la reverencia.

Los tres hombres se retiraron hacia una oficina, y los demás continuaron comentando las anticuadas maneras del funcionario lugareño.

Al rato el administrador se acercó a Arzásola y le dijo:

—¿Podría venir conmigo un rato?

El oficial lo siguió y la señorita Best preguntó a su prima, la señorita Morgan:

—¿Para qué lo querráán?

—A lo mejor para completar una mesita de póker, porque ya se le adelantó el marqués.

Cuando el oficial entró en la oficina, encontró a mister Williams visiblemente excitado, diciendo:

—No puedo aceptar tal cargo y responsabilizo a usted por las consecuencias.

—Pero sí don Guilliams, yo me responsabilo.

—¿Qué ocurre, señores? —interrogó el marqués.

—Es algo horrible, increíble... Pero yo me lavo las manos en este asunto.

—Deje nomá que yo le vua esplicar —continuó imperceptible don Frutos—. Es caso es que aquí han andao perdiéndose cosas.

—Hoy a mí me robaron la cartera —agregó Arzásola.

—Y yo qué tengo que ver con ello! No pretenderá usted que... —se indignó el aristócrata.

—Usté no, pero su mujer sí —dijo don Frutos.

—Cómo se atreve a decir semejante insolencia!

—Sencillo, porque le tendí una trampa y cayó.

—Si usted no estuvo por acá...

—Yo no, pero mi oficial sí.

—El señor... el señor... ¿no es hijo de un estanciero, entonces?

—Apenas si oficial de policía —contestó el aludido.

—Pero es absurdo... —intervino el dueño—. Es una acusación monstruosa... ¿Cómo puede probarlo?

—Registrando la pieza. Allí estarán las cosas robadas, pues...

—Usted no puede estar seguro de ello.

—Y güeno, vamoj a ver. La plata, que l'official puso en la cartera estaba frotada con l'ásnicle.

—¿Qué es eso?

—Almizcle. Una sustancia odorifera que tienen algunos saurios —explicó el oficial.

—Exacto; es el tufo que echan los yacareeses y que tienen n'unas bolisitas: dos en las carretillas y dos en la cola; la catinga es juerte y dura pa salir.

—No entiendo —siguió diciendo mister Williams mientras el marqués estaba pálido e inquieto.

—¡Pero si está claro! Cuando yo le daba la mano a tqj hombres y dispuse me la pasaba por la barba, era pa sentirle l'olor. Con las damas era más fásil porque al inclinarme sobre la mano le podía ver si jeda a yacaré, y la de la marquesa tenía un olor que se sentía a pesar del perfume, y tontes me dije: Ésta es la que sacó la plata.

—Bastal. No siga, que tiene razón —concedió el marqués—. Pagané lo que sea, pero que el asunto no se haga público. Mi pobre mujer ha vuelto a las andadas, aunque ya la creía curada, porque la pobre es cleptómana...!

—Pa mí es robona —expresó don Frutos—. Y pa la justicia igual que todos, así que me la vua llevar:

Mas el dueño, el administrador y el marqués arguyeron tanto, prometiéndola llevar al otro día, y como no había, por otra parte, una acusación formal, don Frutos accedió a no detenerla por el momento.

Pero en lugar de la inculpada, a la otra tarde, se apareció el diputado del departamento con mister Williams y el marqués. —Vea, comisario —le dijo el primero—, vengo de conversar con la señora, y todo ha sido una broma. Aquí tiene la cartera del oficial con el dinero.

—Pero yo ya hice l'sumario.

—Archívelo, don Frutos, archívelo.

Y como el comisario no ignoraba que el legislador con una palabra podía dejarlo en la calle, cumplió con lo ordenado.

En los tiempos de miseria que siguieron al año 1930, en las escuelas funcionaban "comedores escolares" donde los niños recibían la limosna del mendrugo de pan que no podían ganar sus padres por la desocupación imperante en el país. El de Capibara-Cué pasaba por momentos angustiosos, y el director, Osvaldo Bertelli, acudió al comisario en busca de ayuda y consejo.

—Ya, no sé qué hacer, don Frutos. El almacenero me da maíz pisado para el locro, algunos padres mandan mandioca y porotos, pero los mas de los días debo darles solamente el maíz sancochado.

—Es que tuitos pu acá andan de la cuarta al pértigo!... ¿Y los estancieros no dan carne?

—Prometen, prometen... pero se olvidan.

—Güeno, ya veré lo que se puede hacer.

Restuvo cavilando un rato y después preguntó al oficial:

—¿Cómo pa era, l'enfermedá e la marquesa?

—Cleptomanía. Es un caso psicopático por el cual algunas personas sienten como una fuerza irresistible que las impulsa a cometer esos robos.

—Ya sé, es mal o meno lo que pasa con l'alcool: el rico se divierte y el pogre se emborracha, aquí l'infeli es un ladron y el copetudo padece de...

—Cleptomanía.

Una luz de astucia brilló en los ojos de don Frutos y luego de un rato llamó al cabo Leiva para decirle:

—Aura que me acuerdo, cuando lo tengás a tiro al Anacleto Vallejos, l'hijo é dona Abstinencia, le decís que lo queríto haular.

Pasaron los días y una tarde Bertelli llegó contento a decir:

—Vea, don Frutos, bien dice el refrán: "Dios aprieta pero no ahoga". Resulta que enterado de lo mal que andaba el comedor, Anacleto Vallejos me ha dado unas gallinas, después un cordero, más tarde otra vez gallinas y, ayer, me trajo un cuarto de res.

El que vino furioso, en cambio, fue el administrador de la estancia a denunciar que personas desconocidas saqueaban los gallineros y los galpones.

—Ta bien, vua dir a vigilar —contestó don Frutos.

Pero el tiempo pasó y los hechos siguieron repitiéndose, por lo que el afectado montó guardia por su cuenta y así consiguió apresar al culpable, a quien trajo una mañana, con las manos atadas a la espalda y custodiado por dos peones.

—Aquí tiene al delincuente y espero, don Frutos, que le haga sentir el rigor de la ley —dijo al dejarlo.

—Ta güeno —respondió el comisario—. Vua a estudiar l'asunto.

Grande fue la cólera del administrador cuando supo que el ladrón, que no era otro que Anacleto Vallejos, andaba en libertad por el pueblo, a las pocas horas de haber sido dejado en la comisaría.

Fue furioso a interpelar a la autoridad exigiendo explicaciones.

—Vea, don —repuso don Frutos—, he descubierto que el pogre no es ladrón sino enfermo.

El otro quedó con la boca abierta y el comisario prosiguió:

—Sí, padece de anacletomanía.

—¿Y eso qué es?

—Una manía del Anacleto p' ayudar a loj niño é la esclua. Como naides lo hace...

—Pido que se haga justicia.

—Bien, al sumario lo tengo listo, está en yunta con el de la marquesa, pero... ¿por qué no le haula a don Guilliams? Si él lo exige vua mandar los dos a la capital, al juez, para que los esamine ya que si me hace que lo do sufren é la misma cosa...

Pero don Williams prefirió echar tierra sobre el asunto y, después de hablar con don Frutos para retirar la denuncia, le dijo:

—Y ahora, comisario, dígale al director de la escuela que desde mañana haga retirar diez kilos de carne de la estancia para los niños.

—Gracias, don Guilliams, y pierda cuidado que si alguno se quiere contagiar é la anacletomanía lo vua curar a rebencazos.

<sup>1</sup> Saucochado: Medio crudo y sin sazonar.  
<sup>2</sup> De la cuneta al pártilo: diablo común del hombre de campo, expresa así que "está sin recursos, en la miseria".

## El triple robo de Bellamore

Horacio Quiroga

Días pasados los tribunales condenaron a Juan Carlos Bellamore a la pena de cinco años de prisión por robos cometidos en diversos bancos. Tengo alguna relación con Bellamore: es un muchacho delgado y grave, cuidadosamente vestido de negro. Lo creo tan incapaz de esas hazañas como de otra cualquiera que pida nervios finos. Sabía que era empleado eterno de bancos; varias veces se lo oí decir, y aun agregaba melancólicamente que su porvenir estaba cortado; jamás sería otra cosa. Sé además que si un empleado ha sido puntual y discreto, él es ciertamente Bellamore. Sin ser amigo suyo, lo estimaba, sintiendo su desgracia. Ayer de tarde comenté el caso en un grupo.

—Sí —me dijeron—, lo han condenado a cinco años. Yo lo conocía un poco; era bien callado. ¿Cómo no se me ocurrió que debía ser él? La denuncia fue a tiempo.

—¿Qué cosa? —interrogué sorprendido.

—La denuncia; fue denunciado.

—En los últimos tiempos —agregó otro— había adelgazado mucho. —Y concluyó sentenciosamente—: lo que es yo no confío más en nadie.

Cambié rápidamente de conversación. Pregunté si se conocía al denunciante.

—Ayer se supo. Es Zaninski.

Tenía grandes deseos de oír la historia de boca de Zaninski: primero, la anormalidad de la denuncia, falta en absoluto de interés personal; segundo, los medios de que se valió para el descubrimiento. ¿Cómo había sabido que era Bellamore?

Este Zaninski es ruso, aunque fuera de su patria desde pequeño. Habla despacio y perfectamente el español, tan bien que hace un poco de daño esa perfección, con su ligero acento del norte. Tiene ojos azules y cariñosos que suele fijar con una sonrisa dulce y mortificante. Cuentan que es raro. Lástima que en estos tiempos de sencilla estupidez no sepamos ya qué creer cuando nos dicen que un hombre es raro.

Esa noche lo hallé en una mesa de café, en reunión. Me senté un poco alejado, dispuesto a oír prudentemente de lejos.

Conversaban sin ánimo. Yo esperaba mi historia, que debía llegar forzosamente. En efecto, alguien, examinando el mal estado de un papel con que se pagó algo, hizo recriminaciones bancarias, y Bellamore, crucificado, surgió en la memoria de todos. Zaninski estaba allí, preciso era que contara. Al fin se decidió; yo acerqué un poco más la silla.

—Cuando se cometió el robo en el Banco Francés —comenzó Zaninski— yo volvía de Montevideo. Como a todos, me interesó la audacia del procedimiento; un subterráneo de tal longitud ha sido siempre cosa arriesgada. Todas las averiguaciones resultaron infructuosas.

Bellamore, como empleado de la caja, fue especialmente interrogado; pero nada resultó contra él ni contra nadie. Pasó el tiempo y todo se olvidó. Pero en abril del año pasado oí recordar incidentalmente el robo efectuado en 1900 en el Banco de Londres de Montevideo. Sonaron algunos nombres de empleados comprometidos, y entre ellos Bellamore. El nombre me chocó; pregunté y supe que era Juan Carlos Bellamore. En esa época no sospechaba absolutamente de él; pero esa primera coincidencia me abrió rumbo, y averigüé lo siguiente.

En 1898 se cometió un robo en el Banco Alemán de San Pablo, en circunstancias tales que solo un empleado familiar a la caja podía haberlo efectuado. Bellamore formaba parte del personal de la caja.

Desde ese momento no dudé un instante de la culpabilidad de Bellamore.

Examiné escrupulosamente lo sabido referente al triple robo, y fijé toda mi atención en estos tres datos:

1.º) La tarde anterior al robo de San Pablo, coincidiendo con una fuerte entrada en caja, Bellamore tuvo un disgusto con el cajero, hecho altamente de notar, dada la amistad que los unía, y, sobre todo, la placidez de carácter de Bellamore.

2.º) También en la tarde anterior al robo de Montevideo, Bellamore había dicho que solo robando podía hacerse hoy fortuna, y agregó riendo que su víctima occurrente era el banco de que formaba parte.

3.º) La noche anterior al robo en el Banco Francés de Buenos Aires, Bellamore, contra toda su costumbre, pasó la noche en diferentes cafés, muy alegre.

Ahora bien, estos tres datos eran para mí tres pruebas al revés, desarrolladas en la siguiente forma:

En el primer caso, solo una persona que hubiera pasado la noche con el cajero podía haberle quitado la llave. Bellamore estaba disgustado con el cajero casualmente esa tarde.

En el segundo caso, ¿qué persona preparada para un robo cuenta el día anterior lo que va a hacer? Sería sencillamente estúpido.

En el tercer caso, Bellamore hizo todo lo posible por ser visto: exhibiéndose, en suma, como para que se recordara bien que él, Bellamore, pudo menos que nadie haber maniobrado en subterráneos esa accidentada noche.

Estos tres rasgos eran para mí absolutos, tal vez arriesgados de sutileza en un ladrón de bajo fondo, pero perfectamente lógicos en el fino Bellamore. Fuera de esto, hay algunos detalles privados, de más peso normal que los anteriores.

Así, pues, la triple fatal coincidencia, los tres rasgos sutiles de muchacho culto que va a robar, y las circunstancias consabidas, me dieron la completa convicción de que Juan Carlos Bellamore, argentino, de veintiocho años de edad, era el autor del triple robo efectuado en el Banco Alemán de San Pablo, el de Londres y Río de la Plata de Montevideo y el Francés de Buenos Aires. Al otro día mandé la denuncia.

Zaninski concluyó. Después de cuantiosos comentarios se disolvió el grupo; Zaninski y yo seguimos juntos por la misma calle. No hablábamos. Al despedirme le dije de repente, desahogándome:

—¿Pero usted cree que Bellamore haya sido condenado por las pruebas de su denuncia?

Zaninski me miró fijamente con sus ojos cariñosos.

—No sé; es posible.

—¡Pero esas no son pruebas! ¡Eso es una locura! —agregué con calor—. ¡Eso no basta para condenar a un hombre!

No me contestó, silbando al aire. Al rato murmuró:

—Debe ser así... cinco años es bastante... —se le escapó de pronto—: a usted se le puede decir todo: estoy completamente convencido de la inocencia de Bellamore.

Me di vuelta de golpe hacia él, mirándonos a los ojos.

—Era demasiada coincidencia —concluyó con el gesto cansado.

En Revista Ñ, Clarín, 14 de febrero de 2014, en [bit.ly/EDV-CVGT-LL3-27](http://bit.ly/EDV-CVGT-LL3-27) [consulta: 26/10/18].

## Los buques suicidantes

Horacio Quiroga

Resulta que hay pocas cosas más terribles que encontrar en el mar un buque abandonado. Si de día el peligro es menor, de noche no se ven ni hay advertencia posible: el choque se lleva a uno y otro.

Estos buques abandonados por a o por b navegan obstinadamente a favor de las corrientes o del viento, si tienen las velas desplegadas. Recorren así los mares, cambiando caprichosamente de rumbo.

No pocos de los vapores que un buen día no llegaron a puerto han tropezado en su camino con uno de estos buques silenciosos que viajan por su cuenta. Siempre hay probabilidad de hallarlos, a cada minuto. Por ventura, las corrientes suelen enredarlos en los mares de sargazo<sup>1</sup>. Los buques se detienen, por fin, aquí o allá, inmóviles para siempre en ese desierto de algas. Así, hasta que poco a poco se van deshaciendo. Pero otros llegan cada día, ocupan su lugar en silencio, de modo que el tranquilo y lúgubre puerto siempre está frecuentado.

El principal motivo de estos abandonos de buque son sin duda las tempestades y los incendios, que dejan a la deriva negros esqueletos errantes. Pero hay otras causas singulares, entre las que se puede incluir lo acaecido al *Maria Margarita*, que zarpó de Nueva York el 24 de agosto de 1903, y que el 26 de mañana se puso al habla con una corbeta<sup>2</sup>, sin acusar novedad alguna. Cuatro horas más tarde, un paquete, no obteniendo respuesta, desprendió una chalupa<sup>3</sup> que abordó al *Maria Margarita*. En el buque no había nadie. Las camisetas de los marineros se secaban a proa. La cocina estaba prendida aún. Una máquina de coser tenía la aguja suspendida sobre la costura, como si hubiera sido dejada un momento antes. No había la menor señal de lucha ni de pánico, todo en perfecto orden; y faltaban todos. ¿Qué pasó?

La noche que aprendí esto estábamos reunidos en el puente<sup>4</sup>. íbamos a Europa y el capitán nos contaba su historia marina, perfectamente cierta, por otro lado.

La concurrencia femenina, ganada por la sugerión del campo de batalla presente, oía estremecida. Las chicas nerviosas prestaban sin querer inquieto oído a la voz de los marineros en proa. Una señora recién casada se atrevió:

—¿No serán águilas?

El capitán se sonrió bondadosamente:

—¿Qué, señora? Águilas que se lleven a la tripulación?

Todos se rieron y la joven hizo lo mismo, un poco avergonzada.

Felizmente, un pasajero sabía algo de eso. Lo miramos curiosamente. Durante el viaje había sido un excelente compañero, admirando por su cuenta y riesgo, y hablando poco.

—¡Ah! ¡Si nos contara, señor! —suplicó la joven de las águilas.

GLOSARIO

5 **navegar de conserva.** Técnica de navegación en la que un buque sigue a otro.

6 **terso.** Liso, sin arrugas.

—En dos palabras: en los mares del Norte, como el *María Margarita* del capitán, encontramos una vez un barco a vela. Nuestro rumbo —viajábamos también a vela— nos llevó casi a su lado. El singular aire de abandono que no engaña en un buque llamó nuestra atención y disminuimos la marcha, observándolo. Al fin desprendimos una chalupa; a bordo no se halló a nadie, todo estaba también en perfecto orden.

Pero la última anotación del diario databa de cuatro días atrás, de modo que no sentimos mayor impresión. Aún nos reímos un poco de las famosas desapariciones súbitas. Ocho de nuestros hombres quedaron a bordo para el gobierno del nuevo buque. Viajaríamos de conserva<sup>5</sup>. Al anochecer nos tomó un poco de camino. Al día siguiente lo alcanzamos, pero no vimos a nadie sobre el puente. Se desprendió de nuevo la chalupa, y los que fueron recorrieron en vano el buque: todos habían desaparecido. Ni un objeto fuera de lugar. El mar estaba absolutamente terso<sup>6</sup> en toda su extensión. En la cocina hervía aún una olla con papas.

Como ustedes comprenderán, el terror supersticioso de nuestra gente llegó a su colmo. A la larga, seis se animaron a llenar el vacío, y yo fui con ellos. Apenas a bordo, mis nuevos compañeros se decidieron a beber para desterrar toda preocupación. Estaban sentados en rueda y a la hora la mayoría cantaba ya.

Llegó el mediodía y pasó la siesta. A las cuatro, la brisa cesó y las velas cayeron. Un marinero se acercó a la borda y miró el mar aceitoso. Todos se habían levantado, paseándose, sin ganas ya de hablar. Uno se sentó en un cabo y se sacó la camiseta para remendarla. Cosió un rato en silencio. De pronto se levantó y lanzó un largo silbido. Sus compañeros se volvieron. Él los miró vagamente, sorprendido también, y se sentó de nuevo. Un momento después dejó la camiseta en el cabo arrollado, avanzó a la borda y se tiró al agua. Al sentir el ruido, los otros dieron vuelta la cabeza, con el ceño ligeramente fruncido. En seguida se olvidaron, volviendo a la apatía común.

Al rato, otro se desperezó, se restregó los ojos caminando y se tiró al agua. Pasó media hora, el sol iba cayendo. Sentí de pronto que me tocaban el hombro.

—¿Qué hora es?

—Las cinco —respondí. El viejo marinero me miró desconfiado, con las manos en los bolsillos, recostándose enfrente de mí. Miró largo rato mi pantalón, distraído. Al fin se tiró al agua.



Los tres que quedaban se acercaron rápidamente y observaron el remolino. Se sentaron en la borda, silbando despacio, con la vista perdida a lo lejos. Uno se bajó y se tendió en el puente, cansado. Los otros desaparecieron uno tras otro. A las seis, el último se levantó, se compuso la ropa, se apartó el pelo de la frente, caminó con sueño aún y se tiró al agua.

Entonces quedé solo, mirando como un idiota el mar desierto. Todos, sin saber lo que hacían, se habían arrojado al mar, envueltos en el sonambulismo moroso<sup>7</sup> que flotaba en el buque. Cuando uno se tiraba al agua, los otros se volvían momentáneamente preocupados, como si recordaran algo, para olvidarse enseguida. Así habían desaparecido todos, y supongo que lo mismo los del día anterior, y los otros y los de los demás buques. Esto es todo.

Nos quedamos mirando al raro hombre con excesiva curiosidad.

—¿Y usted no sintió nada? —le preguntó mi vecino de camarote.

—Sí, un gran desgano y obstinación de las mismas ideas, pero nada más. No sé por qué no sentí nada más. Presumo que el motivo es este: en vez de agotarme en una defensa angustiosa y a toda costa contra lo que sentía, como deben de haber hecho todos, y aun los marineros sin darse cuenta, acepté sencillamente esa muerte hipnótica, como si estuviese anulado ya. Algo muy semejante ha pasado sin duda a los centinelas de aquella guardia célebre, que noche a noche se ahorocaban.

Como el comentario era bastante complicado, nadie respondió. Se fue al rato. El capitán lo siguió un rato de reojo.

—¡Farsante! —murmuró.

—Al contrario —dijo un pasajero enfermo, que iba a morir a su tierra—. Si fuera farsante no habría dejado de pensar en eso, y se hubiera tirado al agua.

En *Cuentos de amor, de locura y de muerte*, Buenos Aires, Arenal, 2003, pp. 43-45.

#### GLOSARIO

<sup>7</sup> moroso. Que ocurre con gran lentitud.



## LA ARGUMENTACIÓN

Córdoba, 3 de julio de 2002.

Querido Pablo:

Hace varios días que quiero escribirte para contarte que me iré a las sierras para las vacaciones de julio y quiero que vengas conmigo. No creas que no estoy consciente de la difícil situación económica por la que todos estamos atravesando. Justamente por eso, te invito para que vayamos a la casa de mi cuñada donde sólo tendremos que gastar en la comida y, como ya sabemos, nosotros nos arreglamos con poco.



Además, mi hermana viajará a Buenos Aires a fin de las vacaciones, por lo tanto, podrás volverte con ella en el auto y evitar la compra del pasaje.

Espero que puedas venir porque creo que, en los momentos complicados, es cuando más se hace necesario juntarse con los amigos y compartir alegrías, recuerdos y buenos momentos que nos permitan cargar pilas para seguir luchando en esta jungla.

Cuento con vos y te aviso que no te aceptaré fácilmente cualquier excusa.

Un beso

Tu amiga Susana

### NUEVA FERRARA PICCOLA



Un sueño que ahora puede ser su realidad.

La tecnología más avanzada del mundo puesta al servicio de su necesidad. Frenos ABS de última generación, diferencial autobloqueante, climatización automática, equipo de video y DVD, consola central con ordenador, dirección asistida, asientos con movilidad eléctrica.

La maravilla tecnológica, sumada a un plan de financiación ideado para diferentes niveles de posibilidades, son dos razones indiscutibles para que usted despierte a una realidad que, hasta hoy, sólo estaba en su imaginación.

### VIOLENCIA SIN FRENO EN EL FÚTBOL

El fútbol argentino volvió a ser escenario de actos de violencia gravísimos, que causaron un muerto y un herido de arma blanca. Esto hace necesario que se trace una estrategia más adecuada para erradicar un quadro que no cesa de causar víctimas.

El espectáculo deportivo más popular del país transcurrió tanto el sábado como el domingo marcado por el dolor. Primero fue el asesinato de un joven de 21 años simpatizante de Vélez y luego, al día siguiente, la batalla entre facciones de la barra brava de Boca causó un herido, el destrozo de dos autos y 183 detenidos.

El nivel constante de violencia que rodea al fútbol ya parece crónico. Las diferentes barras bravas han trazado lazos con dirigentes de fútbol y también con políticos, gremialistas y policías, naturalizando su existencia y sus prácticas, muchas de ellas vinculadas a actividades abusivas y delictivas. La actividad de las barras bravas y la explosión de violencia en el fútbol se produce en un contexto en el cual proliferan las armas en la sociedad civil, se expande el consumo de drogas y alcohol, y los lazos y normas tradicionales quedan relegados.

Además, la Policía y la Justicia han ido perdiendo efectividad en su labor. De hecho, en muchas ocasiones el desempeño de los encargados de seguridad en los espectáculos deportivos agrava los problemas que se registran.

El desafío de frenar la violencia en el fútbol debe involucrar a los dirigentes deportivos, sociales y políticos, a la Policía y a los organismos judiciales. Si bien se deben tomar medidas de seguridad más adecuadas para prevenir los actos de violencia, también se requiere una estrategia más profunda, capaz de sustituir la actual cultura de la barbarie. Es de esperar, entonces, que se tomen medidas para que no haya que lamentar más víctimas. [...]

### Tránsito urbano

Señor Director:

El aumento de vehículos en la ciudad implica una gran congestión de tránsito y amerita un urgente ordenamiento; pero algunos de los proyectos existentes están demorados, por la falta de compromiso de "nuestros representantes". Por ejemplo, la instalación de playas de cargas en la periferia de la ciudad. De esta manera, se evitaría el ingreso de grandes camiones en la Capital.

También debe regularse que quienes necesariamente deban ingresar por el tipo de carga que transportan lo hagan en horarios determinados, fuera de los llamados "horarios pico", ya que estos son un importante factor de entorpecimiento del tránsito vehicular, en particular, en las autopistas.

Las autoridades deben hacer algo para que el tránsito vehicular no se convierta en un caos y para que nuestra ciudad siga siendo transitable.

Héctor Lapadulo

DNI 14.168.782

*El informador, 6 de noviembre de 2007.*

Opinión Por Jnés Perotta .

### ¿Qué tipo de sociedad queremos?

Los adultos hablamos sobre los niños, los adolescentes, los jóvenes. Pero escuchamos poco lo que ellos y ellas tienen para decírnos. Doble esfuerzo cuando se trata de niños, adolescentes y jóvenes pobres. Porque, además de la diferencia generacional está la diferencia social.

Todo intento real de comprensión de un problema requiere la capacidad de reflexionar, de detenernos a escuchar. Desafío difícil cuando priman los contextos conflictivos sobre los solidarios y cooperativos, cuando la desigualdad prima sobre la justicia. Porque cuando nos sentimos violentados cotidianamente, no estamos dispuestos a escuchar; estamos predisponentes a descargar violencia. Y la violencia se derrama fácilmente hacia abajo, se multiplica.

Y abajo están los niños, las niñas y adolescentes pobres.

Todo adulto que se precie de ser responsable de sus propias opiniones y de saber escuchar al otro, podrá descubrir que los chicos y las chicas que pueden estudiar, tra-

bajar, descubrir su sexualidad con información, orientación y sin miedos, optan por esto y no por el delito.

Y si se esgrime el argumento de que hay algunos que "optan" por el delito y que merecen una pena, tendríamos que tener certeza sobre dos cosas: primero, afirmar que ese niño o joven tuvo aquellas otras opciones previamente; segundo, ser consciente de que una pena (internación, tratamiento) que no es adecuada a las necesidades de quien la sufre y respetuosa de su identidad personal y social, sólo logra reproducir la violencia.

Cuando se reflotan proyectos para bajar la edad de imputabilidad de niños y adolescentes, cuando se hegemoniza en el poder político y en el poder económico un proyecto que agudiza las desigualdades sociales... ¿Estamos construyendo democracia o una sociedad más violenta?

Si nos sentimos ciudadanos, responderemos honestamente. Exigir respuestas al estado, en tanto garante de los derechos de la ciudadanía, es ineludible.

## TENDENCIAS

### ¿Por qué les importa mi raza?

Cuando vivía en Inglaterra, era negra. Así es como allí se considera a todos los oriundos de las ex colonias como yo: todos somos genéticamente negros. Pero mi negrura fue sólo temporal. Cuando llegué a los Estados Unidos seguí considerándome negra, hasta que mis compañeros de facultad en Indiana me convencieron de que no era negra en absoluto; era blanca, dijeron. Unos años después descubrí con sorpresa que, según mi empleador estadounidense, yo era una de sus empleadas asiáticas.

Hoy el beneficio primario de la clasificación racial me es evidente: hospitalidad. La desventaja es también evidente: mi identidad puede ser distorsionada por quienes alegan estar interesados en ella.

En caso de que quieran saberlo, soy nacida en Irak, y en mi árbol genealógico hay árabes, persas y turcos. Algunos indios creyeron que provenía de ese subcontinente; algunos iraníes y sudamericanos me han tomado por uno de ellos. Mi padre se reía de mis pecas, sin duda importadas de Europa, y en burla me llamaba su "cruzada". Pero hasta hoy ningún europeo me confundió con uno de ellos. Una

alemana que conocí, por lo demás agradable, puso en duda la identidad estadounidense que a veces me atribuía: cuestionó que los "verdaderos" estadounidenses tuvieran cabello negro como yo.

Me resulta muy difícil encontrar una voz propia en el diálogo racial cada vez más intenso de este país. Cada vez me cuesta más tomarme en serio la idea de raza de que parten los debates. Tomemos la decisión del gobierno de que yo y mis compatriotas estadounidenses podamos elegir una opción de entre una lista ampliada de categorías raciales en el censo del 2000. Esto habla de un espíritu más democrático que el que muestran en Gran Bretaña, donde me clasificaron sin pedir mi opinión. Pero mi experiencia me indica que me están ofreciendo una selección de ficiones sociales sospechosas, y no creo que la Oficina de Censos me esté haciendo un favor.

### Sin jaulas

Las identidades que aceptamos son importantísimas porque nos seguirán para siempre. Hemos llegado a aceptar el término "hispánico", que bajo el gobierno de Nixon se convirtió en la designación de una minoría. "Latino", más popular en el oes-

te, es una de las opciones que ofrecerá el próximo censo. Muchos de los que reciben este nombre prefieren llamarse mexicanos, bolivianos, etcétera. Pero como el gobierno dice que son hispánicos o latinos, eso deben ser.

El intento de crear más categorías "oficialmente" reconocidas recibe el apoyo de un grupo de personas que quieren escapar de la jaula racial en la que se encuentran, y me resulta irónico. Muchas de estas personas se consideran producto de una mezcla de razas y les molesta tener que elegir entre la identidad de sus padres. Me identifico con este grupo. Pero no creo que una lista cada vez más refinada de categorías raciales sea la respuesta al problema. Terminar con las categorías raciales oficiales me parece una solución mucho más atrayente.

Hoy se está desarrollando un gran diálogo nacional sobre el tema de la raza. Pretendo de ese intercambio lo que supongo quiere todo estadounidense: que me tomen por quien soy.

**YASMINE BAHRANI**

**ESCRITORA IRAQUÍ RESIDENTE EN WASHINGTON, ESTADOS UNIDOS.**

19 DE DICIEMBRE DE 2004 || OPINIÓN || CLARÍN

# Desigualdad: el motor de la violencia

*Diego Gorgal. Licenciado en Ciencias Políticas y Relaciones Internacionales (UCA).*

Cada vez que se reflexiona públicamente sobre inseguridad, aparece con cierta frecuencia el argumento de la pobreza, por un lado, o las "malas" leyes, por otro, como causa eficiente de la criminalidad y la violencia.

Análisis científicos han demostrado que el delito y la violencia se explican a partir de una concurrencia de variables, antes que de la causalidad de una. Y una de las variables más importantes es la desigualdad social.

En efecto, distintos estudios han demostrado que cuanto mayor es la

dispersión del ingreso, mayor es el nivel agregado de delitos y —fundamentalmente— de violencia. Estos mismos estudios rechazan la tradicional creencia de que la pobreza es origen del delito. No hay evidencia que asocie aumentos en la pobreza con aumentos en la tasa de delito, y mucho menos con la dureza o flexibilidad de las leyes.

En cambio, sociedades desiguales son sociedades en donde los distintos grupos sociales tienen cada vez menos cosas en común y cada uno empieza a considerar al otro como una amenaza. Cuando esto sucede la sociedad misma entra en crisis. Y la manifestación más brutal de dicha crisis es la violencia.

## LA ÚNICA ALTERNATIVA: LA PARTICIPACIÓN

*Ante la crisis social, económica y política por la que está atravesando nuestro país, ha llegado el momento de que todos los ciudadanos reflexionemos acerca de cuáles son las alternativas para no quedar sumergidos en un quietismo destructor.*

*Si analizamos la historia de los pueblos, podemos encontrar múltiples maneras de reaccionar frente a una situación límite. Ellas pueden ser: la violencia, la participación con propuestas, la evasión a otras realidades, la indiferencia, la crítica sin sustento, la resignación, la mística y muchas más.*

*Considero que la opción viable es que todos comencemos a despertar dispuestos a asumir una actitud solidaria y a participar, de todas las formas posibles, en comisiones vecinales, clubes, asociaciones, grupos de amigos, ámbitos familiares, laborales y académicos.*

*¿Por qué la participación es una urgencia social? Porque es la única garantía para legitimar el sistema democrático, porque es una alternativa superadora de la violencia, porque a través de ella la crítica se vuelve constructiva y se convierte en propuesta, porque nos salva de la locura que produce la impotencia, porque nos rescata de la inacción que produce la indiferencia y es el mejor antídoto contra el veneno de la resignación.*

*Participar es nuestra obligación ética frente a las nuevas generaciones, controlando y condenando social y políticamente el accionar de ciertos dirigentes políticos, gremiales, empresariales y judiciales que, con perversa indiferencia frente al dolor, continúan vulnerando el derecho constitucional de todo ciudadano para trabajar, educarse, cuidar su salud, y vivir con dignidad.*

*Ignacia Fuentes*



27 DE JULIO DE 2006 || OPINIÓN || CLARÍN

**TRIBUNA ►►** La juventud es, sobre todo en los países en desarrollo, una etapa con obstáculos que las políticas públicas parecen no entrenadas en remover.

# La mitad del mundo es joven y está en riesgo

*Maria del Carmen Feijoó. Oficial de enlace del Fondo de Población de Naciones Unidas.*

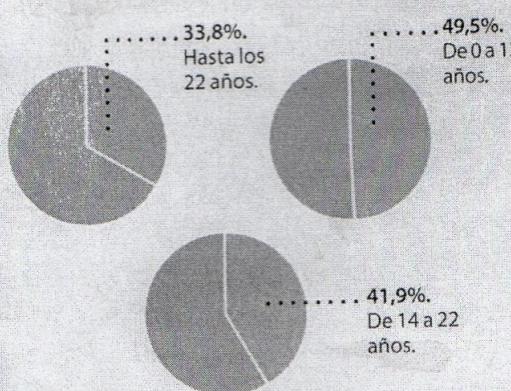
Por primera vez en la historia de la humanidad, la población de menos de 25 años alcanza a tres mil millones de personas, poco menos que la mitad del mundo.

En nuestro país, los menores de ese grupo de edad alcanzan al 47% del total de sus habitantes. Esos menores de 25 años viven, en su mayoría, en los países que hoy, eufemísticamente\*, se denominan "en desarrollo", lo que los convierte en víctimas de las condiciones sociales, económicas y culturales propias de esa situación.

En la Argentina, según datos de la Encuesta Permanente de Hogares II Semestre 2005, en los 28 aglomerados\* urbanos que cubre la muestra, hasta los 22 años de edad, el 33,8% es pobre, dato que asciende al 49,5% en el tramo de 0 a 13 años y a 41,9% en el de 14 a 22. Lo más llamativo de los datos es que, aunque gran número de la población sea joven, constituye una auténtica mayoría silenciosa.

Pero son los jóvenes los que sufren el impacto de los cambios en el modelo económico, la desocupación, los efectos de la propagación de la epidemia de sida, el embarazo adolescente, la falta de capacidad para tomar decisiones sobre su propio destino. Son los que van a las guerras, se inmolan, constituyen el grueso de los migrantes

Índices de pobreza entre los jóvenes



Las estadísticas muestran que la pobreza va en aumento entre los sectores más jóvenes de la población, lo que torna más incierto el futuro de las próximas generaciones. Fuente: Encuesta Permanente de Hogares II Semestre 2005.

del Sur al Norte. Sabemos de ellos sólo si asaltan las alambradas en el límite de España con los países africanos, cruzan el río Bravo desde México a los Estados Unidos, bajan de las favelas\* a las playas de Río de Janeiro o nos sorprenden con la silenciosa sublevación de los "pingüinos" que acabamos de ver en Chile.

También son los que pusieron en vilo a Francia, quemando hasta mil vehículos por noche en las barriadas de sus padres migrantes, buscando así llamar la atención sobre una sociedad chauvinista\* que no les reconoce la pertenencia ciudadana aunque gocen de la nacionalidad.

Los jóvenes, pues, son una auténtica caja de Pandora. Ante esa caja, se destaca la inoperancia\* e inhabilidad del mundo adulto para ayudarlos a responder a sus problemas, manteniéndose inerte o desentendido ante los problemas que enfrentan. Son el grupo etario\* que contrae, por lo menos, la mitad de las ocho mil infecciones diarias que se producen por HIV, las chicas que mueren

desproporcionadamente en partos —resultado, en muchos casos, de embarazos no deseados—, los que trabajan en negro\* en los puestos menos calificados del sector servicios de las grandes ciudades del mundo.

Tres mil millones de niñas y jóvenes alcanzaron o están a punto de alcanzar la edad de procreación, mientras algunos adultos siguen discutiendo qué hay que hacer en materia de educación sexual en los sistemas educativos. Por decirlo sencillamente, en su conjunto, son un grupo de esos que se llaman "de riesgo" sólo por el hecho de su edad.

Pero, además, la condición de ser joven está atravesada por otras especificidades, entre las más importantes, la de género: ser joven y mujer es una complicación adicional. Y cuando los adultos los miran, los miran como presas de caza del gran mundo de la propaganda, como receptores de los medios de comunicación de masas y en su capacidad de consumidores. Atrapados entre la tentación y la carencia, los adultos los empujamos hacia caminos

que después nos escandalizan. Se ha constituido así el tema de la juventud como problema.

Al considerarlos como un problema, además de ver su situación como un síntoma mágico divorciado de las causas, olvidamos su propia capacidad para resolver en el día a día sus problemas, aun en el marco de fuertes restricciones que abordan con el entusiasmo propio de su edad, no por ello libre de frustraciones y fracasos.

Como estrategia para enfrentar sus problemas —y para superar el ser visto como problema— los jóvenes se han dedicado a establecer redes. Esas redes se basan en la necesidad de dar respuestas entre pares a las barreras que les coloca el mundo adulto. Ese mundo que sólo los aborda hablando por ellos, tutelándolos\*, corrigiéndolos y casi nunca escuchándolos o generando oportunidades. Por eso, cuando se hacen oír, como decíamos al comienzo, es con ruido. Sin ruido no logran ser escuchados.

Pero las redes entre pares no alcanzan. Necesitan que la respuesta a sus demandas se convierta en un tema activo de política pública, desplazándose de "vigilar y castigar" a la generación de condiciones de ciudadanía plena, condiciones que contemplen su perfil generacional y los problemas que atraviesan: la pobreza, el

desempleo, la exclusión, la dificultad de organizar un proyecto de vida viable y pleno.

Aunque diversos compromisos internacionales, como los Objetivos de Desarrollo del Milenio, la Convención sobre los Derechos del Niño, la Convención para la Eliminación de Todas las Formas de Discriminación contra la Mujer, las plataformas de las conferencias de El Cairo y Pekín, pongan sus necesidades en primer lugar, esos compromisos se ejecutan con demasiada lentitud y se limitan a veces a la necesaria pero insuficiente enunciación de derechos.

De manera tan lenta que, recientemente, los jóvenes de la región se han dado a la tarea de impulsar una Convención Iberoamericana de Derechos de la Juventud, sobre el documento firmado por 14 gobiernos de la región en 2005 en Badajoz, España, a ver si así las promesas se convierten en realidades.

Este año, el Día Mundial de la Población, celebrado el 11 de julio, ha puesto su foco en destacar la situación de los jóvenes. Como tantas efemérides, no es para recordarlo sólo en el aniversario sino para trabajar por ellos y con ellos el resto del año.

# ANEXO

# COMPRENSIÓN

# LECTORA

## LECTURAS.

(1)

Caminaban por las calles céntricas de Buenos Aires, mirándolo todo.  
¡Todo!

Sorprendidos, silenciosos, inseguros, desorientados, entre los carteles que encendían y apagaban sus anuncios, las señales de los semáforos y la audacia enloquecida de conductores y peatones.

Y el ruido. ¡Tanto ruido! Voces. Música. Bocinas. Motores. Ofertas de vendedores ambulantes.

Ni Martín Fierro ni sus gauchos, traídos desde la eternidad a visitar la nueva Buenos Aires "auténtica", podían familiarizarse con lo que miraban y escuchaban.

¡Eran tan diferentes las poblaciones que habían conocido!

(2)

La gente había formado la cola habitual, frente a la caja más cercana a la salida.

Quien más quien menos, todos tenían necesidad de ganar unos minutos.

No es extraordinaria esa urgencia en las grandes ciudades.

Las cosas, los excesivos compromisos, las distancias, la necesidad de competir en todo momento acaban por hacer vivir a mil.

Se requiere mucha personalidad para no caer en el juego dañino de las urgencias.

Y para colmo, el hombre que acababa de llegar, muy señor él, no tuvo mejor idea que aprovechar un espacio entre los dos primeros, que ya llegaban a la caja.

Alí se metió.

Y fue suficiente para que estallara la bronca de la gente.

Y un insulto. Y un empujón. Y palabras gruesas que eran capaces de desbordar a cualquiera.

Simple.

Debió acercarse el personal de seguridad.

Un hecho más de violencia en la ciudad de los progresos.

(3)

Era su primer día en el colegio. Edgardo tomó asiento junto a un chico que resultaría su mejor amigo. En ese tercer año que también estrenaba.

Pero no pudo imaginar todo lo que sucedería al día siguiente.

Con la cuota de inseguridad natural de los primeros días, y con su propia dificultad de integración, que él llamaba "timidez", no tuvo mejor forma de intentar ser aceptado por sus compañeros que tomarse en serio lo que Julián le propuso.

- A la profesora de dibujo no le gusta que la traten de usted, ni por el nombre. Quiere que le digan "Chuchi", que es su sobrenombre. Y tené cuidado, porque se enoja.

La actitud sería de Julián, el buen trato del día anterior, su dolorosa necesidad de ser aceptado, hicieron que esperara la cuarta hora dispuesto a ganar esos tantos.

Y llegó la hora. Elegante, de unos 45 años, se presentó la profesora.

Tomó la lista del curso y después de darle una mirada preguntó quiénes eran los alumnos nuevos.

Todos aguardaban en silencio.

Hasta que alguno, más decidido, le tocó la espalda a Edgardo.

Fue suficiente ese estímulo. Entre su miedo y en ansiedad, estaba pegado al asiento.

Se puso de pie y sucedió lo que todos esperaban.

- Yo, Chuchi. Me llamo Edgardo Pérez. —Y estalló la carcajada. Y fue su primer bochorno y su primer dolor en el colegio.

Ese día fue atroz. Y desencadenó la secuencia de cargadas y atropellos sin piedad. Salvo su compañero de banco que lo acompañó mientras duró en el colegio. Y que era no vidente.

(4)

Nunca lo había atrapado tanto una novela.

Ni siquiera una de terror, como ésta, a pesar de tantas que debió leer en su carrera.

Marcó la próxima hoja doblando la esquina inferior.

Durante la tarde tendría cuarenta minutos para conocer el desenlace. Ya había marcado cinco hojas en la última hora...

Apagó la luz.

- En tres horas más debería estar saludando a sus alumnos de la antigua Escuela Normal, como cada mañana.

Pero no pudo sospechar lo que le sucedería durante esas dos horas que durmió.

Cuando llegó al colegio todavía su rostro reflejaba la angustia.

(5)

Luis Miguel era un chico delgado.

Extremadamente delgado. De ojos algo saltones y de mirada inofensiva. Como sus gestos y sus juegos y sus pocas palabras. Propiamente ingenuo para sus diecisésis años. Lento para entender, hasta exasperar a ciertos profesores que no podían comprender que no comprendiera. Pero esencialmente bueno. Generoso. Fiel. Leal. Siempre anotado en cuanta iniciativa que requiriera voluntarios.

Y siempre aprobando el año rasguñando las notas salvadoras.

Y algunas veces aferrado de la cuerda que ciertos profesores están dispuestos a arrojar a esos alumnos que dan todo de sí, pero que nunca alcanzarán el nivel medio. Esos que, sin embargo, necesitan el diploma de educación media para merecer el trabajo que podrán realizar genuinamente.

Pero esa mañana sus ojos no querían mirar.

Lloraba con la impotencia y la rabia muda de quienes no logran entender y no encuentran las fuerzas para arremeter a golpes o a insultos.

Mudo. Con los ojos desesperadamente cerrados pero que no podían contener sus lágrimas convertidas en regueros de dolor sobre su rostro.

Había nacido cianótico. De un parto que requirió de fórceps. Y había crecido siempre en el límite de la salud y de la enfermedad.

Esa mañana sus compañeros habían coronado una obra inconsciente pero no menos destructiva.

Tras una clase de química, que resultaba lo más cercano al sinsentido para Luis Miguel, no tuvieron mejor diversión que apodarlo IBM.

Una y otra vez. Hasta que la sonrisa cómplice con que intentó sostener su honor se desmoronó en el llanto y concluyó, acompañado por dos compañeros del curso, en la rectoría, como buscando la seguridad del afecto que restituiera un poco de dignidad y de confianza a su imagen herida hasta el bochorno.

Se sentía irremediablemente culpable.

(6)

El hombre apretó los labios queriendo asegurarse de que no pronunciaría ni una palabra.

La esposa bajó los ojos, como concentrada en el plato que servía para su hijo.

¡Ya adolescente!

Las dos hermanas mellizas, apenas un año menores, dudaron entre la laltades cruzadas.

Y Luis Alberto, después de su hiriente ironía, se levantó ofuscado.

La cena concluyó en silencio.

Pasó más de una hora.

Tensa.

Y cuando la única luz encendida en la casa era la del velador del hijo, el hombre se acercó a su cama con el amor fuerte de los padres que aman responsablemente.

Pero no tuvo necesidad de hablar.

“Lo lamento, papá...”

Y todos durmieron en paz, esa noche, más unidos que nunca.

(7)

Cuando Jerjes cruzó el Helesponto con su descomunal ejército e infligió la cruel derrota a los griegos en las Termópilas, el soberano persa creyó haber paralizado a los helenos, temerosos de su supremacía. Preguntó a unos fugitivos de Arcadia qué hacían en esos momentos los vencidos y la desconcertante respuesta fue la siguiente: “Celebran la fiesta de las Olimpiadas. Asisten a luchas”.

—¿Luchas? ¿Por qué luchan?

—Por una rama de olivo, señor.

Entonces uno de los grandes persas gritó a su general:

—¡Ay de ti, Mardonio, contra qué hombres nos has conducido, que no luchan por el oro y la plata, sino por la gloria de la aptitud!

(De *La Grecia perdida*, de Philipp Vandenberg, Editorial Javier Vergara, Buenos Aires, 1985, p. 120.)

Lectura 8.

Habían ordenado su habitación.  
Una pequeña muñeca blanca sobre la almohada fucsia.  
Otra, vestida de rojo, en su mesita de luz.  
Y dos, idénticas, y muy grandes, sobre el último estante de la biblioteca.  
Y todos los libros y lápices y reglas y cintas...en su lugar.  
Era la única hora del día que su cuarto podía ser visto así.  
Ya llegaría Mariela del colegio, y...

Lectura 9

**La ecología, para ser tal, deberá ocuparse no solamente del cuidado del medio ambiente físico, sino también del medio ambiente social.**  
**Es tan nocivo arrojar gases contaminantes al aire que respiramos o desechos industriales a nuestros ríos, que poblar de criterios y conductas irresponsables y corruptas el medio ambiente social, donde aprendemos y nos condicionamos para seres humanos.**

Lectura 10

*“Soy el gran padre de muchos hogares sin haberlo buscado. Me han otorgado el honor y me tomo la libertad de ejercer mi rol.”*

Todos comían en silencio mientras el televisor hablaba ininterrumpidamente.

Hasta que el agudo conductor del programa de las 21 tuvo la genialidad de provocar a los televidentes con su fina ironía.

Fina ironía que alguien en la planta de transmisión sugirió por lo bajo que podría costarle la rescisión del contrato, mientras comentaba entre serio y humorístico: “*Tampoco se trata de avivar giles. Nuestros puestos dependen del rating...*”

En la mesa nadie se hizo cargo del asunto. Un silencio imperturbado siguió al desafío.

Sólo el padre habló cuando llegó la tanda comercial. “*Es algo que debemos pensar. Yo venía, hoy, en el subte, y de pronto me di cuenta de que hasta ese momento de silencio nos han quitado. Todo es ruido y anuncios. No hay tiempo para estar con uno mismo. Como nos queda tiempo hablar en familia.*”

Una mirada de incomodidad conectó la reacción de los hijos.

Un mes después ya no era necesario insistir, y discutir y terminar imponiendo la decisión cada vez. Fue difícil por unos días. Luego todos asumieron que la mesa era el lugar del encuentro, y que era bueno conversar entre todos de sus cosas.

Lectura 11

**La cordillera de los Andes aparecía como un paisaje fantástico desde la altura de nuestro avión.**  
**Un Boeing de Aerolíneas Argentina.**

**Todos quisimos fotografiar o filmar esa maravilla.**

**Allá el Aconcagua, con sus casi 7000 metros, y sus nieves eternas.**

**Y esas nubes de colores indescriptibles por su intensidad y variedad de colores.**

**Un estremecimiento interior nos hizo exclamar como extasiados:**

**¡Dios mío! ¡Esto supera toda fantasía!**

**Y un conmovido silencio sucedió a las palabras y a las urgencias para registrar esas imágenes.**

**Unos minutos más y aterrizaríamos en Santiago de Chile.**

**Unos minutos antes habíamos levantado vuelo desde el aeropuerto del Plumerillo, en Mendoza.**

**Argentina y Chile, unidos y separados por esa columna vertebral, única, de la cordillera.**

### Lectura 12

Luis Raúl palpó la tibiaza de su sangre antes de sentir el dolor.

Levantó sus ojos y, con el resto de fuerza que le quedaba, lo miró tan intensamente como pudo.

Sin odio.

¡Tantas cosas quiso decirle en ese gesto!

Hasta que sintió que el mundo daba vueltas a su lado...

Cuando despertó en el hospital, tenía en su mente un nombre y un rostro inconfundible.

¡Jacinto! Y la daga con que había intentado asesinarlo.

Siempre había dicho: "Hay que hacer lo que se siente".

Ahora lo entendía.

El que hasta ese día había sido su socio y amigo.

Y el que ahora, creyéndolo muerto, estaría en un lejano lugar, con la mujer que a Luis Raúl le había dado los tres hijos que ahora, angustiados y fuertes, estaban a su lado. Y que por nada del mundo abandonaría al padre herido. El padre siempre les había dado el testimonio de una vida noble y sin trampas.

### Lectura 13

**María Luisa.**

**Siempre recordaré su rostro de aquella mañana.**

Ella, que siempre iluminaba de primavera el lugar donde llegaba. Que siempre tenía una palabra de aliento para sus compañeros de curso, cuando algo andaba mal entre ellos, o en sus hogares.

Por primera vez había sentido cercana una nube densa de tormenta en el suyo. ¡Entre sus padres!

No podía entenderlo. No podía creerlo. Si siempre había sido todo tan hermoso. ¿Por qué ahora esta amenaza que había herido su corazón de adolescente y de mujer?

Y como si todo hubiese perdido su sustento, me preguntó, buscando descorrer los velos de toda la realidad, sin contemplación alguna: "¿Es posible el amor, o solamente un deseo inalcanzable, o un engaño piadoso?"

**Yo era su profesor, su rector, y, en alguna medida, su consejero. Y por nada del mundo estaba dispuesto a decirle una media verdad.**

Sólo recuerdo que le dije: "El amor vive porque muere. No se ama de una vez, para siempre. Es necesario amar de nuevo cada día, como si cada día se eligiera al que se ama. Como todo en la vida."

**Cuando al mediodía regresaba María Luisa a su hogar, me despidió con una sonrisa cómplice y serena.**

### Lectura 14

Llegó esa noche de tan mal humor que apenas alcanzó a gruñir a modo de buenas noches. Ni besos ni caricias. La pobre mascota fue la primera en padecer su rabia acumulada. Ni festejos ni pelotitas lanzadas para que corriera a buscarlas, según el ritual de siempre. Solamente un brusco empujón con el pie para hacerla a un lado y evitar su fastidio.

-Mañana renuncio. No lo soporto más. Es un imbécil.

Era la quinta vez que lo decía. María Esther conocía las reacciones de su marido. Sus tres pequeños también, pero sin entenderlas.

Esteban era un joven ingeniero, tan convencido de sus convicciones que en cinco años había renunciado a tres gerencias en otras tantas empresas de nivel. Con la gran suerte de haber conseguido el próximo contrato sin mayor demora. Pero ahora acababa de nacer el tercer hijo el desempleo alcanzaba

el 17% y las propiedades eran cada vez más para los más jóvenes y más dispuestos a someterse a las exigencias sin límites de las empresas endurecidas en el proceso de competitividad.

Si el enfrentamiento con el gerente general era tan insoportable, ella haría que descubriera el modo de no fogonearlo con su intransigencia. No quería que su familia viviera nuevamente el riesgo cruel del desempleo.

### Lectura 15

Entrar en su habitación, que era toda su casa, resultaba una aventura desconocida. Entre sábanas y almohadones raídos y pantuflas desvencijadas y diarios nuevos y viejos y revistas de todo tipo, y de calzoncillos usados y pantalones sucios de barro y grasa, junto a un abrigo de lana recién comprado y un sombrero de fibra que en algún tiempo fue blanco, se podía tropezar con varias cubiertas de motocicletas, una llanta con varios rayos desencajados, con un inservible inflador de pie, una caja de herramientas vacía porque cada herramienta yacía abandonada por distintos lugares de la sala, hasta en la mesa de roble que también sostenía entre un serrucho y clavos y unos tacos de madera, una botella de vino y un vaso a medio llenar entre restos de salame, tomate y cebollines comidos a mordiscos, y un trapo que podría imaginarse servilleta de no mediar su aspecto repugnante de tanta suciedad acumulada.

Unos bancos mal terminados impedían el paso por el desorden con que ocupaban el lugar y por la soga que sostenían para colgar la ropa que alguna vez era pasada por agua y ocasionalmente por agua y jabón.

Pensar que en aquel sitio se podía encontrar el documento de identidad de Pedro Luis Valdivia, era un verdadero desafío.

Y sin embargo, el uniformado había venido a buscarlo.

### Lectura 16

Los tres móviles del destacamento policial, a cargo de improvisados voluntarios que se ofrecieron para hacer la ronda en esos días de tanta inseguridad por la amenaza de invasión que soportaba la población fronteriza, salieron a realizar la inspección de una zona semiboscosa. Cada móvil a cargo de un voluntario y con él mismo como única dotación.

Cuando el jefe del destacamento leyó los tres breves informes, se preguntó irritado y con justificada preocupación cuántos potenciales enemigos merodeaban sus alrededores. El primero de ellos decía: "Observé el desplazamiento de tres cazadores". El segundo afirmaba haber visto tres hombres en actitudes que llamaron su atención. El tercero tenía la casi certeza de haber detectado tres soldados durante su recorrida.

Ninguno de los informantes estaba en el cuartel a su llegada. Debió proceder según su propio entender. Pero ordenó que nunca más se les encomendara esa tarea por la incompetencia puesta de manifiesto.

### Lectura 17

Fue necesario tanto dolor para curar tantas heridas.

Sus catorce años intensos y rebeldes postrados en una clínica, disputando la vida palmo a palmo. Y los cuarenta años que se amanecieron las siete noches velando la lucha de ese hijo, por el que estaba dispuesto a darlo todo.

La madre debía cuidar a sus hermanitos. Tres pequeños que todavía habitaban en el paraíso terrenal.

Desde su semiinconsciencia, Pedro empezó a descubrir que más allá de sus diferencias, de sus consejos que le resultaban insoportables, de los límites que en ciertos casos marcaban el final de una conversación y que tanto lo exasperaban...ese hombre lo amaba. Lo amaba incondicionalmente.

Si él mismo había destrozado su automóvil recién comprado, con el que había destrozado su cuerpo. Y como si verdaderamente nada valiera tanto como él, allí estaba su padre para darle confianza absoluta del amor para sostener su coraje.

Y Pedro sentía que quería vivir. Que tenía que vivir. Por él y por sus padres, a los que empezó a descubrir como lo más fuerte y seguro que tendría en su vida.

Una potente luz interior floreció en dos lágrimas corajudas y tiernas. Y se preguntó desconcertado, como despertando de un sueño adolescente, hasta cuánto esperaría para decirle a ese hombre y a esa mujer que los quería con todo su corazón.

Su padre también se había preguntado si no habían faltado a la cita, a la hora de hablar con ese hijo que ya no era un niño, y que necesitaba descubrir su libertad.

### Lectura 18

Y cruzaron sus miradas de rabia, de dolor y desconfianza.

No era el primer desencuentro.

Pero todo sucedía como si lo fuese.

Ella no quería ceder bajando la mirada.

Él sentía tan profunda la herida que dejar de mirarla le parecía una falta de autenticidad.

Ser falso, y ceder.

Todo por la negativa de su novia a salir esa noche, tras la conversación telefónica que alcanzó a escucharle, con su mejor amigo, ...mientras entraba.

Y no aceptó razones.

No la dejó hablar.

Ni una palabra. Las mató la mirada repentina y terrible.

Y él no pudo saber que había muerto el padre de su amigo.

Hasta que accedió a escucharla.

Cuando se saturaron de sufrir inútilmente.

### Lectura 19

No quería que su profesor de lengua repitiera aquella corrección.

Le había dolido, por elemental.

Corrigió.

Reemplazó tres veces la palabra "emocionante", en su única página.

Y dos veces el verbo "querer".

Y cuatro el adverbio "poco".

Le pareció un gran avance.

Lo que no advirtió fue lo que el profesor anotaría al final de su trabajo.

—Debí respirar muy hondo cada vez, para leer en voz alta sus tres inacabables párrafos.

¡Y cuánto necesité concentrarme para comprenderlos!

## Lectura 20

Después de cenar la familia tuvo una larga sobremesa con el invitado que no pide permiso. La pantalla del televisor estaba ocupada por un programa conmovedor. Un chico ecuatoriano, que había perdido su brazo izquierdo en un accidente automovilístico, era titular indiscutido del seleccionado de volley del Colegio La Salle de Guayaquil.

La figura juvenil que saltaba junto a la red era tan natural como la que respondía preguntas del periodista que lo entrevistaba o cuando se movía totalmente consustanciado con sus actividades escolares de alumno del quinto curso de bachillerato.

—Trato de rendir al máximo en todo lo que hago. Eso es todo. No me puede detener un brazo menos ni una mirada curiosa. Es mi vida y la quiero vivir dando todo de mí. Es la única forma de disfrutar a fondo. En los momentos malos me conforta mi fe religiosa.

Y eran solamente 17 años.

Un rostro lleno de vitalidad que desbordaba su mirada transparente.

Y completó su retrato uno de sus profesores que más lo conocía, el Hno. Rector. Y fue para decir simplemente que era y había sido siempre un muchacho normal, alegre y luchador. Y era uno de los mejores alumnos de la clase. Como en el deporte rendía, no sabía de mediocridad.

La sobremesa fue tan atractiva como si se hubiese tratado del programa más divertido. O más. Quizá se trataba de algo más impactante que un rato de entretenimiento.

A pesar de las ofertas pasatistas, hay un espacio secreto del corazón humano que sigue siendo capaz de enfrentarse con la vida sin indiferencia ni cálculos mezquinos.

Cada uno se llevó a su sueño la imagen que más lo había conmovido.

Pedro y Mariana, que estrenaban su adolescencia, se llevaron, cada uno en secreto, su inquietud de saber por qué tenían tanto miedo de que sus compañeros los creyeran "traga".

## Lectura 21

Durante décadas se sostuvo que la forma de proteger los bosques de quebrachos, algarrobos o araucarias era plantar pinos, naturalmente venidos de Europa o Canadá.

Hoy, buena parte del territorio del país es lo que los ecólogos denominan "desierto verde": interminables hileras de pinos geométricamente plantados bajo cuya sombra desaparecieron fatalmente los animales, los microorganismos y las plantas originales.

En este paradójico desierto con apariencia agradable, los suelos se empobrecieron hasta límites desconocidos.

Puede decirse que aquella barbaridad se hizo por desconocimiento. En la actualidad, nadie puede alegar ignorancia para vulnerar una tendencia universal a realizar estudios de impacto ambiental para casi todos los emprendimientos que involucran a la naturaleza.

Y ya se sabe que no hay emprendimientos humanos que no la involucren directa o indirectamente.

Ya nadie puede argumentar alegremente, viendo las consecuencias y el estado calamitoso en que se encuentra el planeta —con agujeros de ozono, calentamientos globales y extinciones de especies por doquier— que la protección del medio ambiente obstruye el progreso.

Es exactamente al revés: la naturaleza favorecerá el progreso si respetamos sus leyes.

(Sergio Federovisky, diario *Clarín*, 9 de noviembre de 1997, p. 51.)